



revista  
de la  
universidad  
de méxico



agustín yáñez  
la boda de don quijote

alfonso reyes  
jaime torres bodet  
martín luis guzmán  
salvador novo  
juan José arreola

# sumario

Volumen XXI, número 1 / Septiembre de 1966

1  
**Jaime Torres Bodet:**  
Perennidad  
de Rubén Darío



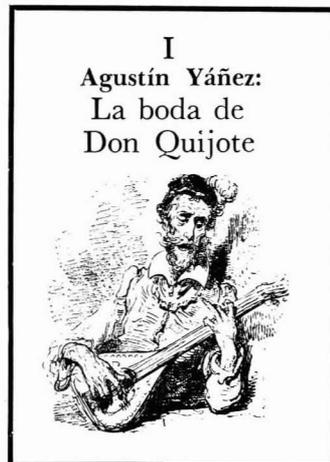
5  
**Martín Luis Guzmán:**  
*Las Memorias*  
de Luis Aguirre  
Benavides

8  
**Salvador Novo:**  
Notas  
sobre el tabaco



12  
**Ernesto Cardenal:**  
Katún 11 Ahau

14  
**Alfonso Reyes:**  
Dos textos inéditos



17  
**Juan José Arreola:**  
Compañeros  
estudiantes:



21  
**Gilles Lapouge:**  
El drama de Vietnam:  
en París, un bonzo  
ayuna por la paz

26  
**ARTES PLÁSTICAS**  
por Jorge  
Alberto Manrique

28  
**TEATRO**  
por Alberto Dallal

29  
**LIBROS**  
por Alfredo López Austin,  
Froylán M. López Narváez

31  
Actividades de la  
Dirección General de  
Difusión Cultural,  
septiembre

33  
Carta de  
Guillermo Prieto

34  
**JUNTA DE SOMBRAS**  
H. G. Wells  
por José Emilio Pacheco

**PORTADA:**  
Diego Rivera  
*Paisaje español* (1913)

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO  
Organo de la Dirección General de Difusión Cultural

Torre de la Rectoría, 10º piso,  
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.  
Teléfonos: 48-65-00, ext. 123 y 124

Franquicia Postal por acuerdo presidencial  
del 10 de octubre de 1945, publicado  
en el D. Of. del 28 de octubre del mismo año.

Precio del ejemplar: \$ 5.00  
Suscripción anual: \$ 50.00 Extranjero: Dls. 7.00

Director: Gastón García Cantú  
Jefe de redacción: Alberto Dallal

Administración: Ofelia Saldaña

Patrocinadores:  
Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.  
Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A.  
Financiera Nacional Azucarera, S. A.  
Ingenieros Civiles Asociados, S. A. [ICA]  
Nacional Financiera, S. A.  
Banco de México, S. A.

# Jaime Torres Bodet / Perennidad de Rubén Darío



Por algo empleó Arturo Capdevila el anagrama “un bardo rei”, como subtítulo de su libro sobre Rubén Darío. Al morir el poeta, en 1916, ocurrió lo que después del sepelio de los monarcas. Muchos no lo decían en alta voz —aunque parecían secretamente pensarlo: “El Rey ha muerto... ¡Viva el Rey!”

Sólo que la dinastía dariana, en realidad, había sucumbido con su fundador. Eran tantos los herederos posibles, tan diferentes, y varios de ellos tan personales, que —por sí solo— ninguno daba la impresión de poder reemplazar al rey muerto en el gobierno de todas sus ínsulas y provincias. A éste le faltaba la gracia alada; a aquél, la melodía interior, cambiante a cada momento; a aquel otro, la fantasía verbal (que, en ocasiones, llevó a Darío hasta linderos de cierta frívola intrascendencia); a otros les sobraban solemnidad, mecanismos frágiles y ostensibles. Otros más hubieran querido obtener lo que no es posible copiar: la sonrisa espontánea, o la lágrima contenida... Y otros confundían la trivialidad con la sencillez y, con la franqueza, la indiscreción.

Algunos intentaron, no obstante, galvanizar el cadáver del modernismo. No lo lograron. Consiguieron, apenas, momificarlo. Los más audaces decidieron que era necesario abolirlo. ¡Como si creyeran que pudiese perpetuarse una tradición, cuando precisamente quien tuvo oportunidad de instaurarla se mostró siempre renuente a la conservación de las tradiciones! “No hay escuelas; hay poetas” dijo Darío en las palabras liminares de *El canto errante*. A pesar de esa declaración, muchos pretendieron fundar sus propias “escuelas” y proclamarse pontífices de pequeñas capillas iconoclastas... Los mejores optaron por ser ellos mismos, serenamente; sin olvidar a Rubén, pero sin subordinarse a su influjo —ni adoptar tampoco esa rebeldía sistemática que, en el fondo, supone, en quien la practica, una forma indirecta de servidumbre.

Para los jóvenes que principiamos a escribir en México en aquellos años, Darío representaba un valor simbólico. Sin embargo, a fuerza de encontrar su retrato, o sus versos, en periódicos y en revistas, y de oír declamar sus composiciones en veladas estudiantiles, entre discursos más o menos profesoriales y romanzas de Tosti, de Puccini o de Leoncavallo, ese mismo valor simbólico acabó por palidecer.

Jóvenes de producción incipiente —y, por eso mismo, de dicámenes imperiosos— calificaban de cursus algunas de sus flaquezas y señalaban con acrimonia determinadas concesiones del gran poeta a un mal gusto muy “fin de siglo”. La *Sonatina* (que sedujo a los lectores de 1896) hastiaba a quienes querían manjares de más positiva substancia y almíbares más sutiles. Para ciertos oídos, las armonías de *La marcha triunfal* y de la *Salutación del optimista* resultaban demasiado metálicas y osten-

tosas. Todas esas críticas no indicaban tal vez mera y vacua pedantería, sino un deseo —ciertamente legítimo— de encontrar nuevos rumbos y ver nuevos horizontes. No obedecían tanto a una injusticia deliberada cuanto a un afán que singulariza a la juventud: el de afirmarse a sí misma, en sí misma, por sí misma, y, a veces, para sí misma... ¡Ay del que nace con vocación de discípulo permanente! El propio Rubén Darío habría sido el primero en alentar a los inconformes.

Ha pasado el tiempo. Y nos encontramos, ahora, en una época de la historia que nos permite ser más serenos y más equitativos. A cincuenta años de la muerte de Rubén, y a pocos meses de la fecha en que habrá de conmemorarse el centenario del día en que vino al mundo, tenemos la obligación de mostrarnos lúcidos e imparciales, sin acudir a la fórmula de la carta que Darío escribió cierta vez a Miguel de Unamuno: “Sea usted justo y bueno.” No; los grandes creadores no necesitan piedad de sus herederos. Les basta con su justicia. Y, en efecto, la justicia es el único pedestal perdurable para la estatua que erigimos a su memoria.

Tratemos, por consiguiente, de proceder a un análisis justiciero de la obra que realizó el poeta y prosista nicaragüense. Veamos, ante todo, cuáles fueron las censuras que se le hicieron.

La primera —y la más frecuente— fue Rodó quien, desde un principio, la recogió: Rubén no era aún el poeta de América. Otras vinieron menos famosas, pero también más envenenadas. En 1897, Navarro y Ledesma acusó a Darío de tres pecados literarios fundamentales. Su Hélide era de pura imaginación: “No la cantada por Homero ni la contada por Herodoto, ni la pensada por Platón... sino la *descrita* por Duruy.” Su abundancia de adornos atestiguaba un barroquismo tardío, “incomprensible e insoportable”, como “los batiburrillos arquitectónicos de que no se ha librado casi ninguna catedral española”. Y, en cuanto al Oriente (que con tanta frecuencia asomó en sus versos), no pasaba de ser “un convencionalismo retórico, no menos arbitrario que el imperante en sus reminiscencias helénicas”.

Sin esperar la acometida de Navarro y Ledesma, un hombre como Leopoldo Alas había demostrado su antipatía para la producción dariana en un *Palique* reproducido por *La Prensa* de Buenos Aires el 29 de enero de 1894. Tras de llamar a Rubén “poeta americano, capaz él solo de corromper al ejército de Jerjes, en materia literaria se entiende”, *Clarín* ridiculizaba la evocación de *Stella*, y concluía con el siguiente párrafo: “El señor Darío no carece de imaginación; pero un mal dirigido prurito de originalidad y novedad... relativa, le llevó al más absurdo culteranismo de imitación servil y trasnochada.”

Otro reproche (anterior a los de Rodó y Navarro Ledesma,





pero más persistente) fue el que dirigió a Darío don Juan Valera al hablar de su *galicismo mental*. Censuraba también al poeta por su sensualismo y por su multiplicación —innecesaria a menudo— de sátiros y de ninfas. Entre tantas frondas, de un verde tal vez demasiado móvil, demasiadas blancuras desnudas evocaban inútilmente ritos paganos. ¿No había también, en sus versos, un repertorio abusivo de presencias y metáforas mitológicas? Pasaba incesantemente de Leda a Venus, y de Venus a Marte, y de Marte a Pan, y de Pan a Mercurio, y de Mercurio a los Dióscuros... y de los Dióscuros, por supuesto, otra vez a Leda. En fin, llegó a calificársele de artífice desprovisto de ideas, privado de toda filosofía y carente de dogmas éticos.

Las observaciones que he tratado de resumir no son desdeñables todas. Ni fueron todas el seco fruto de un academismo agraviado e impertinente. Negarlas —en bloque— sería un error. Hay que admitir, por ejemplo, que Darío no fue, ni pudo haber sido, el poeta de América, tal como lo soñaba Rodó. Su americanismo, cuando quiso manifestarlo en términos arqueológicos (caso de *Tutecotzimi*), resultó menos sugestivo que el helenismo de su *Coloquio de los centauros*. Brilla poco, en sus paisajes del trópico, el sol ardiente de Centroamérica. Sus primaveras y sus otoños son europeos. Y sus colores predilectos (el azul del Mediterráneo, el rosa y el verde de las campiñas de Francia) no evocan siempre el clima de Nicaragua. Su Oriente está más cerca de la leyenda que de los ojos. Debe más a Simbad y a Aladino que a Delacroix. Y su Grecia —sin ser la descrita por el señor Duruy— se acerca más que a la Grecia clásica, a la Grecia que imaginaron los pintores y los escultores del Renacimiento. En ocasiones, sintió y pensó en francés. Pero no siempre. Y en las realizaciones mayores de su poesía encontramos a un hombre auténtico —y a un hombre nuestro, nuestro profundamente: “español de América y americano de España”, como él decía.

Aun admitiendo en parte las reservas que acabo de mencionar, queda un hecho incontrovertible. Sin Darío, la poesía española del siglo xx habría sido completamente distinta. También a Góngora se le hicieron críticas muy acerbas. Y no por eso la figura de Góngora perdió jamás brillantez, eficacia y autoridad. Sólo el artista mediocre parece impecable a primera vista, pues la mediocridad no lastima al vulgo porque es el menor común denominador de una herencia accesible a todos.

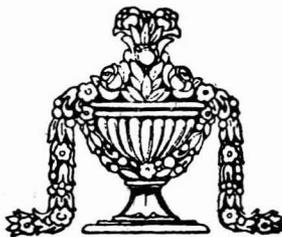
Los genios, en cambio —y uno de ellos lo dijo admirablemente—, saben que tienen los defectos de sus virtudes. En Góngora, a quien acabo de referirme, hay trozos sin duda oscuros. Pero, en la oscuridad de los cielos nocturnos, es donde cintilan con más limpio esplendor las estrellas de las imágenes imprevistas. En Quevedo, no todo es fácil, sencillo y claro. En su

prosa —como en sus versos— abundan arduas elipsis, concentraciones compactas por excesivas. Pero, cuando acierta —en la prosa como en el verso— alcanza alturas incomparables de emoción, de grandeza y de austeridad. Ahora bien, a partir de Góngora y de Quevedo, sólo Darío tuvo la audacia de escalar cimas antes desconocidas por los poetas de nuestro idioma.

Hasta entre los que admiten esta verdad, hay escritores que suelen interrogarse acerca de si la novedad de Darío no fue tan sólo una novedad exterior, un simple artificio verbal, pues no hizo sino dar formas nuevas a emociones de ayer, o de antes de ayer: las mismas que el hombre-medio puede hoy sentir y que podrá, asimismo, apreciar mañana “y mañana, y mañana...” Esa sola pregunta plantea un problema que deseo esclarecer a la luz de las francas observaciones de otro gran poeta de nuestro siglo: T. S. Eliot.

En su ensayo sobre *La tradición y el talento individual*, hallo estos párrafos, que me parecen una íntima confesión: “No es en sus emociones personales, en las emociones provocadas por acontecimientos particulares de su vida, donde el poeta se hace notable o interesante en algún sentido. Sus emociones particulares pueden ser simples, o toscas, o insulsas. La emoción de su poesía será una cosa muy compleja, pero no con la complejidad de la gente que tiene en la vida emociones muy complejas y extrañas. En realidad, un error de excentricidad en la poesía es el buscar nuevas emociones humanas que expresar; y en esta búsqueda de la novedad el lugar inadecuado descubre lo perverso. La misión del poeta no es encontrar nuevas emociones, sino usar las ordinarias y, al elaborarlas en poesía, expresar sentimientos que no se encuentran para nada en las verdaderas emociones.”

Pienso, al respecto, en lo que las señoritas de 1830 (o de 1860, o de 1900) creían decir al manifestar que anhelaban una “existencia poética”. Poética es toda vida, triunfal o humilde, si quien la vive sabe estimar la significación del instante que pasa, de la ciudad que visita, del trabajo que hace, del dolor que le aflige, o —por pequeño que sea— del placer que las circunstancias le proporcionan. En cambio, la vida más cargada de desgracias o de venturas, puede no ser poética por sí misma. No lo será, desde luego, para quien experimente esas venturas o esas desgracias sin percibir su virtud profunda, su inalienable razón vital. Y lo será rara vez para los testigos, pues no hay que confundir la verdadera solidaridad humana, que nos asocia entrañablemente a las penas o a los goces de los demás, con las lágrimas que derramaba Francisca, la del relato de Marcel Proust. Incapaz de compadecerse ante la enfermedad de sus familiares, la cocinera de *A la recherche du temps perdu* se conmovía en cambio, hasta el sollozo, cuando encontraba descritos los sínto-





mas de la misma enfermedad en algunos de los libros de medicina que abundaban en la biblioteca de su patrón...

No era ése el "escape" al que T. S. Eliot se refería en su agudo análisis del problema. Ni eran lágrimas parecidas a las de la sirvienta de Proust las que esperaba, sin duda, Rubén Darío como recompensa de las angustias reveladas en los más trágicos de sus versos. Al contrario. Nada defiende tanto a Rubén de las acusaciones de cursilería y mal gusto, que sus detractores le dirigieron, como el pudor y la sobriedad con que nos reitera, cada vez que se siente obligado a mostrarnos las heridas que la existencia le ha hecho, su confianza en el perdón ulterior, su creencia en la facultad de superación del destino humano. Junto a los ayes interminables de los románticos españoles (y no hablo de los menores, sino acaso del más enhiesto, el Espronceda del *Canto a Teresa*). ¡qué continencia tan ponderada la de Rubén!... Hasta en la desesperación, sabe detenerse.

"Cortés como un indiano" decían los hombres de la metrópoli al ver llegar a Madrid, o a Sevilla, a los criollos de Nueva España o de otras colonias españolas del Nuevo Mundo. Y esa cortesía "de indiano" se hace notar en las quejas y en los júbilos de Darío. Imponer al lector todo el peso de su emoción le parecía, quizá, descortés —casi jactancioso. Y el pedal que advertimos en las discretas sonoridades de sus *Nocturnos*, es un pedal muy nuestro. Lo fabricaron, en los países latinos de este Hemisferio, dentro del alma de los que ansiaban independencia, decenios de orgullo tácito y reprimido, centurias de reflexiva y amarga preterición.

Placer y angustia son los dos polos de nuestro eje sensible: ánodo y cátodo de la corriente moral de la poesía. Si no operasen a tiempo, no se establecería el circuito lírico. Y no podría generar el poeta esa vibración —eléctrica y misteriosa— que eterniza el instante en su más invisible esencia, como fijan los rayos X, sobre una placa, la columna interior del hombre, su verdad recóndita y más durable: la que lo sostiene, mientras existe, y la que sobrevive, durante años, a la apariencia física de su ser.

El goce de los sentidos y la congoja del alma no fueron sólo temas de épocas sucesivas en la producción patética de Darío. En *Prosas profanas*, bajo guirnaldas y ramos multicolores, estaba presente ya el terror secreto, el pavor de lo que ignoramos, ese miedo que alarmaba a Rubén, de niño, en las noches de Nicaragua, y que lo sometía —desde entonces— a "pesadillas inenarrables".

Sí, en *Prosas profanas* hay marquesas que ríen, "lagos de azur", "ruecas de plata" y canciones de carnaval; pero hay también "sátiros espectrales" y "resplandores sobre la cruz" —como en el *Responso a Verlaine*—, y sangre de los martirios: "Los

heraldos rojos con que, del misterio, / vienen precedidas las grandes auroras". Se celebra el brillo de Saturno "en los manicomios y en los hospitales". Y, sobre todo, hay "adelfas que riega la Muerte". Porque la Muerte (así, con mayúscula) es personaje tan importante en la producción rubeniana como la Esperanza o como la Vida.

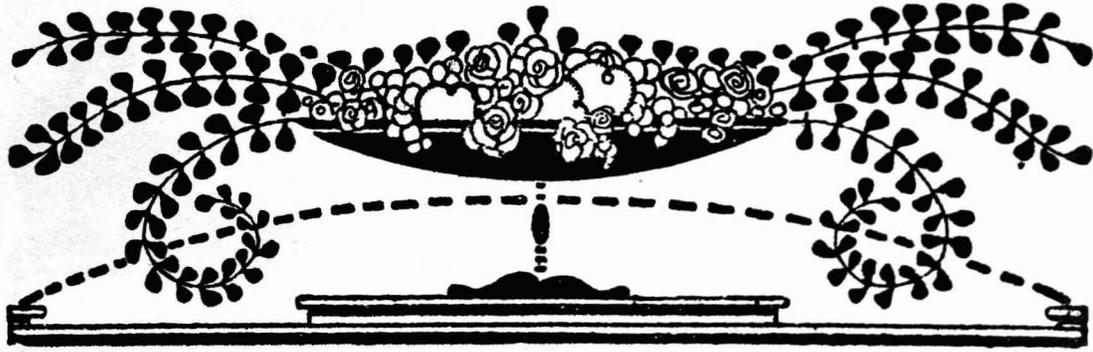
En esta ambivalencia constante del placer y de la congoja, del éxtasis y la angustia, en esta íntima relación del cuerpo ávido de deleites y el alma llena de pesadumbres, reside la originalidad admirable del gran poeta. Darío no vio solamente, no vivió solamente, no cantó solamente uno de los aspectos de la existencia: la luz del día, grata a los epicúreos, o la oscuridad de la noche, inspiradora de los estoicos. Como pocos, amó la vida. La amó hasta en sus júbilos más modestos y hasta en sus desenfrenos más reprobables. Pero, como pocos, sintió el espanto de lo perezoso: la fatalidad del no ser, y la proximidad magnética de la muerte. En sus poesías más ligeras, hay un momento en que la elegía se esconde. Y en todas sus elegías, hasta en *Lo fatal*, hay una referencia al placer: una alusión, por lo menos, a los racimos húmedos del deseo.

Con razón diría Federico García Lorca, en un *Discurso al alimón* con Pablo Neruda: "Como poeta español, [Darío] enseñó en España a los viejos maestros y a los niños, con un sentido de universalidad y de generosidad que hace falta en los poetas actuales. Enseñó a Valle-Inclán y a Juan Ramón Jiménez, y a los hermanos Machado, y su voz fue agua y salitre, en el surco del venerable idioma. Desde Rodrigo Caro a los Argensolas o don Juan Arguijo, no había tenido el español fiestas de palabras, choque de consonantes, luces y formas como en Rubén Darío..."

Con igual razón exclamaría Pablo Neruda, en el mismo discurso, que el nombre de Rubén merece ser recordado "con... su incertidumbre incandescente, su descenso a los hospitales del infierno, su subida a los castillos de la fama, sus atributos de poeta grande, desde entonces y para siempre e imprescindible". Y con igual razón —años más tarde— Alfredo Cardona Peña manifestaría, al evocar a Rubén Darío: "las torres por tu nombre están más firmes, / hay cisnes en la nieve / y ventanas con arpas esperando..."

En su ensayo sobre la *Teleología de la Cultura*, Juan Larrea opina que la mente de Rubén, "en verdad epocalíptica... fue articulándose... con el significado de la *Divina comedia*", y que llegó a adquirir conciencia clara del "Paraíso celeste". Aunque sea difícil apoyar —o contradecir— opiniones de semejante naturaleza, procede reconocer la razón de Larrea cuando elogia lo que llama "el único manifiesto poético" de Darío; un texto en el cual leemos estas frases de hondas repercusiones: "El poeta tiene la visión directa e introspectiva de la vida y una super-





visión que va más allá de lo que está sujeto a las leyes del general conocimiento. . . La poesía existirá mientras exista el problema de la vida y de la muerte. El don de arte es un don superior que permite entrar en lo desconocido de antes y en lo ignorado de después, en el ambiente del sueño y de la meditación."

*Lo desconocido de antes y lo ignorado de después.* . . Subrayo estas fórmulas clave, porque una y otra señalan, en el poeta, la autoridad del vidente y la pasión del iluminado. Sería, sin duda, arbitrario apoyarnos en esas fórmulas para situar a Darío entre los apóstoles del existencialismo o entre los predecesores del surrealismo. Y, sin embargo, existencialistas y surrealistas buscan, a su manera, lo que Darío buscó, a su modo, él también: entre arpegios de clavicordio, notas de flauta pánica y vehemencias retóricas, ahora ya inoperantes.

De hecho, el *modernismo* murió con Rubén Darío. Pero Rubén Darío no pereció con él. En *Cuadriño*, Octavio Paz declara a Rubén "el menos actual de los modernistas". ¿Tendrá razón? . . . No lo pienso, sinceramente. Y me alegra que, apenas trazada esa frase, el autor de *Libertad bajo palabra* se apresure a manifestarnos: "Ser o no ser como él; de ambas maneras, Darío está presente en el espíritu de los poetas contemporáneos. Es el fundador."

Con esto último, estoy de acuerdo. Es el fundador: el que nos enseñó a todos la importancia de ser sinceros para llegar, algún día, a ser potentes; el que admiró a la vez a la estatua bella, a la carne viva que la bella estatua disimulaba, y al alma que en esa carne gemía de miedo, de voluptuosidad o de desencanto; el que dejó pasar la noche de la cena ("—¡oh Shakespeare pobre, y oh Cervantes manco!— / y la pasión del vulgo que condena") porque "un gran Apocalipsis horas futuras llena". . . Y "¡surgirá nuestro Pegaso blanco!"

En este poeta, que no fue el de América —si aceptamos lo dicho por el ensayista de *Ariel*—, América entera se conoce y se reconoce. No cantó al Amazonas o al Iguazú, y Caupolicán y Palenque son tan superficiales, en sus poemas, como los personajes o los escenarios de *Atzimba*, en la ópera de Ricardo Castro. Pero dio a la poesía española un acento suyo, que es el acento de la sensibilidad mestiza de los pueblos latinos de este Hemisferio.

Fundador, hemos dicho. Y añadiré: fundador por descubridor y conquistador. Para su conquista, tomó las armas que pudo —y las tomó en donde pudo—. En Francia, sin duda, más que en Italia o en Inglaterra. Pero también usó —¡y con que maestría!— las armas de la mejor España: las de Berceo, las de Garcilaso, las de Cervantes, las de Lope de Vega y de Calderón, las de Góngora y de Quevedo. . . ¿Y por qué censurar que una

parte de esa armería la hubiese encontrado en Francia? Dentro del mismo concepto del hispanismo, los colonialistas llamaron "afrancesados" a algunos de nuestros grandes libertadores, como a Miguel Hidalgo. A Hidalgo, que supo hacer de Molière, de Voltaire y de la Enciclopedia francesa del siglo XVIII, fuerzas al servicio de América, fuerzas para el engrandecimiento de América.

Rubén pugnó contra endriagos y malandrines, lo mismo que Don Quijote. Rompió muchas veces su lanza contra las aspas de los molinos. Por eso, como en su *Letanía* al Caballero de la Triste Figura, el peligro, en la vecindad de su centenario, no está en que Orfeos (más o menos plausibles) lo aquilaten y lo discutan, sino en que lo aclamen, sin comprenderlo, los orfeones.

Perseguidor de ninfas inalcanzables; sátiro que Apolo no en-sordeció; Colón que descubrió para Europa una América nunca oída; libertador de una poesía encadenada entre muros de estériles tradiciones; poeta de la juventud y de la vejez, de la primavera y del otoño, del placer y de la congoja, no necesitamos imitarlo para admirarlo. Su existencia nos proporcionó, incluso, hasta lo que tal vez no creía él ofrecernos tan ampliamente: el derecho de no seguirlo. Y de no seguirlo, sin dejar de quererlo y de respetarlo en su espléndida soledad. El fundador no aguarda la gratitud de sus herederos. Pero, en la conciencia de éstos, algo la exige siempre.

Con Darío, sin Darío, por Darío o contra Darío. . . ¿Qué importa ya la actitud que adopten quienes lo elogian o lo critican? Muchos de ellos no están con él. Pero él continúa en los que lo afirman, y persevera en los que lo niegan. Perseverancia tan obstinada —y tan invisible— es testimonio esencial de inmortalidad.

En una etapa en que la poesía parece extraña a la realidad mecánica de la vida, en medio de un mundo que está en gran parte afectado por una incapacidad radical para creer en la poesía, entre pueblos y hombres que olvidan, cada día más, el valor del número (ley de Apolo) y pretenden substituirlo con la magnitud de las cifras (método de Mercurio), es reconfortante pensar que existen todavía pueblos y hombres capaces de cultivar la gloria de sus poetas.

Darío tiene ya, en América y en Europa, plazas, parques y calles que recuerdan su fama a los transeúntes. En 1967, recibirán su nombre muchos otros parques, calles y plazas. Nuevos libros se escribirán sobre sus fatigas. Nuevas estatuas evocarán su presencia humana. Pero el más alto homenaje que podrían ofrecerle las generaciones de hoy sería el de fomentar, en la juventud del mundo, la esperanza que él exaltó: ir "en un gran volar, con la aurora por guía, / adelante en el vasto azul, ¡siempre adelante!"



# Martín Luis Guzmán

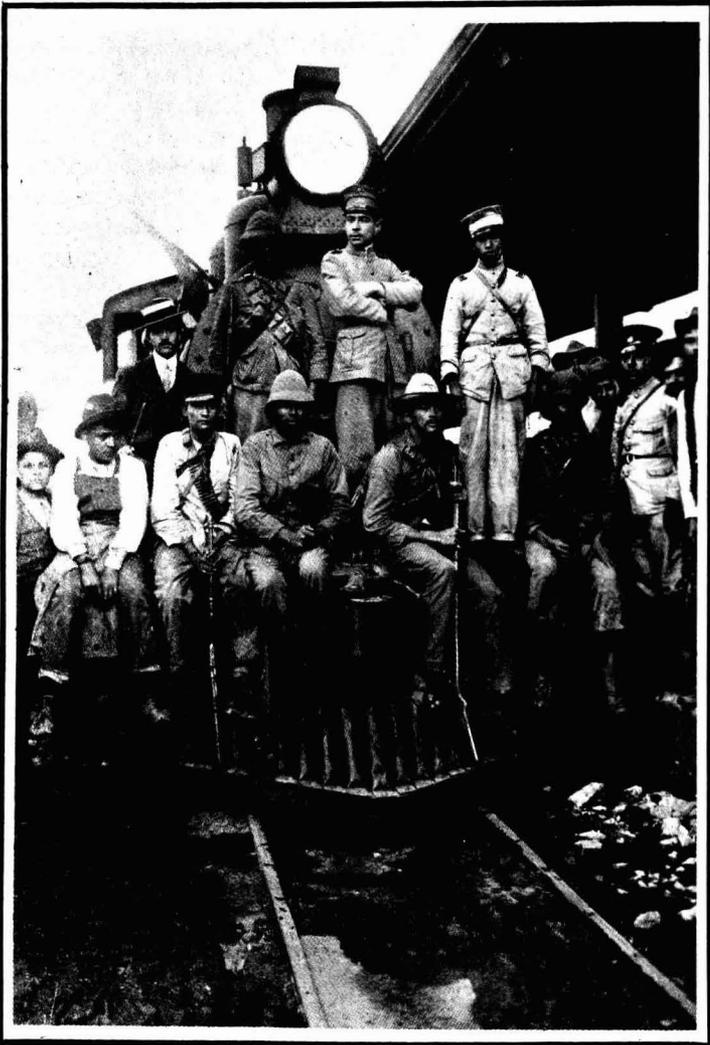
## Las Memorias de Luis Aguirre Benavides

De no existir muchas razones para dar a Luis Aguirre Benavides el beneplácito por la aparición de sus *Memorias*, obra en que reúne los recuerdos de su vida, en la parte relacionada con la Revolución, bastaría una para aplaudirlo: la de no haber guardado silencio. Porque, como bien se sabe, muy pocos compatriotas nuestros, así se cuenten entre los más destacados por su papel político, militar, o social, escriben sus memorias, y esto al punto de que en ciertos casos se ha impuesto la necesidad de que algún mexicano escriba las "memorias" de otro. Tampoco abundan en México los diarios, o los epistolarios, o los archivos privados, ni nada, en fin, capaz de contrarrestar, al menos en parte, las consecuencias negativas que para el sentimiento global de lo mexicano tiene nuestra repugnancia a ponernos por escrito. Callamos, junto con el relato de nuestra vida, la propia interpretación o valoración de los hechos, grandes o pequeños, en que nos tocó estar o de los que hubimos de ser parte por

nuestra actividad misma o por alguna contingencia. ¡Y qué lagunas tan lamentables las que esto deja, tanto en nuestros panoramas nacionales presentes, como en nuestras perspectivas vueltas al pasado! Incontables son los juicios históricos, mayúsculos o minúsculos, que nos atrevemos a formular en términos definitivos, aunque a conciencia de que su validez se reduce a una mera aproximación; cosa que no sucedería si dispusiéramos de ese fluir, de esa red, de ese tejido de aseveraciones históricas, contrastadas entre sí, que a otras naciones les llega, a modo de herencia y suma del zig-zag de las conductas y de los espíritus, en el conjunto de las visiones individuales escritas por los actores, principales, secundarios, íntimos, de toda la vida de su pueblo.

En el caso presente, la importancia de los hombres públicos a cuyo lado estuvo Luis Aguirre Benavides da a cuanto él nos dice un gran valor inicial y hace que su versión de los acontecimientos, lo más de ella de primera mano, tenga perfiles que muy





*Días pletóricos de consecuencias*

a menudo son incommovibles. Anduvo Aguirre Benavides cerca de don Francisco I. Madero, de Gustavo Madero, de Venustiano Carranza, del licenciado Francisco Escudero y, sobre todo, de Francisco Villa, con este último en días pletóricos de consecuencias para la Revolución: los que transcurren entre el asalto a Ciudad Juárez en noviembre de 1913 y el pleito de Villa con el presidente Eulalio Gutiérrez a principios de 1915.

Si a lo anterior se añade la evidente sinceridad de estas *Memorias*, lo que ellas asientan se ofrece desde luego como una

exposición de carácter histórico que cumplirá bien su doble destino: el inmediato, encontrar gran número de lectores comunes y corrientes que se interesen en la narración misma, y el ulterior, servir para el aprovechamiento que de ella hagan, considerándola documento auténtico, el historiador y demás lectores especializados, siempre ansiosos de basarse en datos primigenios o libres de quedar en tela de juicio, como los que las *Memorias* nos proporcionan. Cuenta Aguirre Benavides, al principio de su obra, cómo, presa del miedo, no cumplió su promesa de alzarse en armas el 20 de noviembre de 1910, sino que a la hora crítica, huyó hasta los Estados Unidos mientras sus compañeros de conspiración sí hacían bueno su compromiso patriótico y se lanzaban al campo de la lucha, si bien —aclara— lo consolaba el pensar que, empezando por el señor Madero, muchos revolucionarios estaban a esa misma hora al otro lado de la frontera. Nos dice también, ya hacia el final del libro, que, apartado de Villa al sobrevenir, en enero de 1915, el rompimiento entre la División del Norte y el gobierno de Eulalio Gutiérrez, se prestó dócil, bajo la influencia de Obregón, a escribir y publicar con su firma artículos injustos que denigraban a su jefe de pocos días antes, error que no olvida, echándoselo a sí mismo en cara “como una vergüenza”, y del que “se arrepiente con valor”. Pues bien: viendo que el autor no rehuye la verdad en casos que le son adversos, ¿quién pondrá en duda la autenticidad de sus *Memorias* cuando hablan de otras personas, amigas o enemigas?

Igual apego a ser veraz se advierte en la inserción de los documentos con que Aguirre Benavides ilustra o puntualiza algunos de sus capítulos. Aun tratándose de su hermano Eugenio, por cuyo recuerdo guarda devoción, no vacila en transcribir textos que lo presentan bajo luz desfavorable: los de la correspondencia que Eugenio sostuvo con Felipe Ángeles invitándolo a desconocer a Villa y a unirse a los disidentes de la Convención. Se dirá, es cierto, que la patriótica figura de Eugenio Aguirre Benavides, hecha de incontables servicios prestados a la Revolución, no padecerá bajo el golpe de los errores cometidos al dirimirse las disidencias faccionales; pero ello no empequeñece la ecuanimidad y equidad del autor de las *Memorias*, más atento siempre a dejar la verdad en claro, así lo empañe a él o a alguno de los suyos, que a cuidar de los prestigios individuales.

Por virtud de esta honradez en la consignación de los hechos y en la calificación de las personas, la lectura del libro conduce con frecuencia a corroborar fallos históricos que el instinto de nuestro pueblo ha pronunciado ya remontando corrientes, a menudo caudalosas, de opiniones falsas o interesadas. Uno, importantísimo para la inteligencia de la Revolución Mexicana, es que Villa, tan discutido, tan difamado, tan incomprendido adrede por quienes quisieron o quisieran borrarlo de la historia de



*Villa a la postre tenía siempre razón*

México, a la postre tenía siempre razón. Y como éste, aunque de menor trascendencia en el orden de las apreciaciones históricas, hay otros muchos puntos que podrían citarse. Así el relativo al carácter íntimo de Obregón, ingrato, despiadado y cruel. Aguirre Benavides fue testigo y actor de la hora en que José Isabel Robles, comprometiendo su propia seguridad, libró de la muerte a Obregón cuando Villa pudo fusilarlo en Chihuahua en septiembre de 1914; y dos años y medio después, en marzo de 1917, fue otra vez testigo, sólo que ahora de un hecho con

signo contrario al de antes. Intercedía entonces Aguirre Benavides en favor de Robles, preso y sentenciado a muerte en Oaxaca, y en respuesta a sus instancias, elocuentes, recordativas de lo acontecido en Chihuahua en septiembre de 1914, recibió por escrito la negativa de Obregón, que frío e insensible, mandaba al patíbulo, sin el menor escrúpulo, antes enaltecándose a sí mismo, a quien lo había salvado cuando él estuvo en circunstancias análogas.

Es sencillo Aguirre Benavides en la manera como ha concebido y redactado sus *Memorias*. Pero ni la natural sencillez ni la abstención de todo alarde o recurso literarios disminuyen los méritos intrínsecos del libro o restan vigor a la huella que deja su lectura. Las *Memorias* están llenas de pasajes que se siguen con enorme interés y contienen no poco de emoción tan honda como auténtica. Por sobre estos últimos descuelga el patético episodio que evoca a la madre de Alfonso Bolaños Cacho, villanamente asesinado por órdenes del general Navarrete cerca de Los Aldamas, el 2 de junio de 1915, junto con Eugenio Aguirre Benavides y otros doce revolucionarios convencionistas. Años después del fusilamiento de Bolaños Cacho, su madre peregrinó desde Oaxaca hasta Coahuila en busca de la tumba del hijo, trayendo consigo la lápida de mármol con que quería que se cubriese la sepultura: y aquel esfuerzo conmovedor, digno de una suplicante griega, no pudo obtener el fúnebre premio a que aspiraba, y que merecía, porque el cadáver de Bolaños Cacho nunca llegó a identificarse.

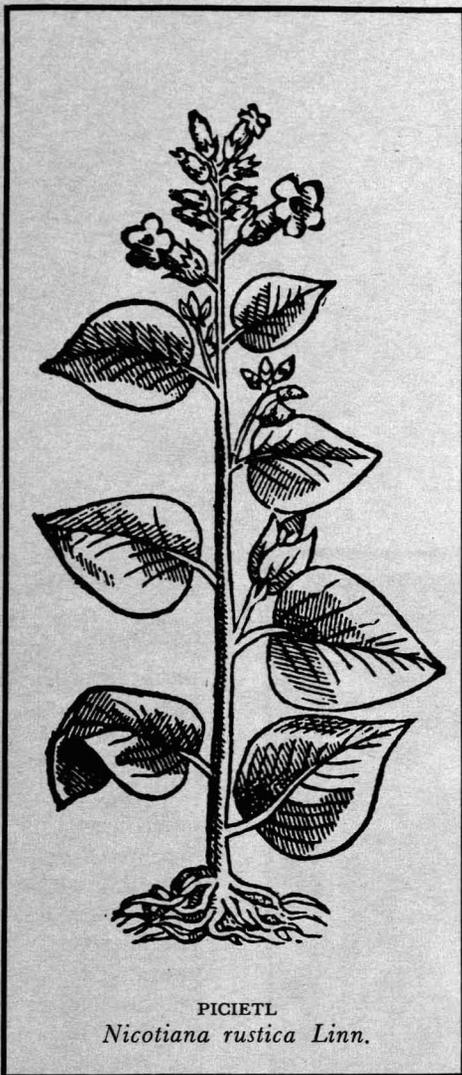
Entre los más fecundos recuerdos de Aguirre Benavides está el que hace de Gustavo Madero, con quien tan injustamente parco se ha mostrado el reconocimiento de la posteridad. La figura de tan noble revolucionario despierta en las páginas de las *Memorias* simpatía profunda y duradera, y hace brotar entre líneas motivos bastantes para que se la admire. Era Gustavo Madero cabal ejemplo de hombría, de firmeza política y de desprendimiento personal. ¡Mas en qué circunstancias, tan crueles como sombrías, sucumbió! La busca de su cadáver, iniciada horas después de ocurrir el asesinato a manos de los sublevados de la Ciudadela, miserables y viles en esto como en todo, y el rescate del cuerpo profanado, dejan en la conciencia sedimentos de turbación; y dos o tres páginas adelante la emoción se renueva, sublimada por la presencia de una imagen dolorosa. El lector se encuentra de pronto con una carta de la viuda y, conmovido, no puede menos de detenerse a pensar que tiene ante sí un documento revelador del infortunio que tantos miles y miles de nuestras mujeres hubieron de sufrir para que a sus nietos o bisnietos tocara algo de lo mucho que México debe a la Revolución de 1910, sin que lo sepan siquiera todos los mexicanos, o todos lo aprecien.

# NOTAS SOBRE EL TABACO

Al desembarcar Cristóbal Colón en las Antillas, vio con curiosidad y sorpresa que los nativos "chupaban" o "comían" humo de unos cañutos. Fechada el 15 de octubre —tres días después del Descubrimiento— hay en su Diario del primer viaje la siguiente noticia: "Hallé un hombre solo en una almadía, que se pasaba de la isla de Santa María a la Fernandina, y traía un poco de su pan, que sería tanto como el puño, y una calabaza de agua, y un pedazo de tierra bermeja, hecha en polvo y después amasada, y unas hojas secas, que debe ser cosa muy apreciada entre ellos, porque ya me trujeron en San Salvador dellas en presente." Y en otro lugar: "Hallaron los dos cristianos por el camino mucha gente que atravesaba a sus pueblos, mujeres y hombres, con un tizón en la mano, yerbas para tomar sus sahumeros que acostumbraban."

El almirante tropezaba por primera vez — y con él el mundo occidental— con una planta hasta entonces desconocida por los europeos; y con una costumbre que pronto habría de generalizarse en medida universal, al ser llevadas sus semillas: por Fray Román Pane, a España en 1518; por los portugueses al Japón —de donde se propagaría a China su uso— en 1573; por el cardenal Santa Cruz a Italia, por Walter Raleigh (quien al mismo tiempo revelaría a sus compatriotas la bondad alimenticia de la patata) a Inglaterra, en 1565. Embajador de Francia en Portugal en 1560, Jean Nicot haría en ese año llegar a su reina Catalina de Médicis el tabaco, cuyas virtudes medicinales recomendaba.

El siglo xvi está lleno de testimonios de la presencia del tabaco en todas las partes del Nuevo Mundo que se iban descubriendo o explorando. Aun cuando posteriores en fecha a las descripciones del tabaco que hallamos



PICIETL  
*Nicotiana rustica* Linn.



Palenque: sacerdote maya fumando (según E.-Ch. Brasseur de Bourbourg, *Recherches sur les ruines de Palenque*, Paris, 1866)

entre los conquistadores y los cronistas, aducir aquí unas cuantas citas de exploradores no españoles del siglo xvi, nos permitirá apreciar que el tabaco existía como cultivo, desde Canadá, donde lo describe en sus dos viajes (1534 y 1535; relación publicada en 1545) Jacques Cartier: "Tienen también una hierba que recogen en el verano para el invierno, y que estiman grandemente y que sólo los hombres usan de la siguiente manera: la secan al sol, y la llevan en torno del cuello dentro de una pequeña bolsa de cuero, con una pipa de piedra o de madera; luego, a cualquier hora, pulverizan dicha yerba, y la ponen a un extremo de la pipa, luego colocan sobre ella una brasa y chupan por el otro extremo, y cuando el cuerpo se llena de humo, lo pasan por la boca y la nariz como por un tubo de chimenea, y dicen que esto los conserva sanos y calientes, y nunca andan sin tales cosas. Nosotros probamos tales humos, y después de meterlos en la boca, parecía que hubiéramos tomado pimienta en polvo, tanto así quemaba."

En la Florida, Sir John Hawkins (1565) describe esa costumbre indígena de manera muy semejante: "The floridians, when they travel, have a kind of herbe dried, who with a cane and an earthen cup in the end, with fire and the dried herbs put together, doe suck throw the cane and the smoke thereof, which smoke satisfieth their hunger, and therewith they live foure or five dayes without meat or drinke, and this all the Frenchmen used for this purpose; yet do they holde opinion withall, that it causeth water and fleame to void from their stomachs."

Sir Francis Drake (1579) informa que los indios "brought with them feathers and bags of tobacco for presents." Finalmente, André Thevet, quien pasó en Brasil el año de 1555, es el primero en dar una larga descripción del "petún"



Indios vitotos (comarca del Orinoco) se insuflan mutuamente potuo de parica en la nariz.

—nombre que allá recibía la planta del tabaco, y de sus usos medicinales (*La Cosmographie Universelle*, París, 1575).

Muy pormenorizada es la descripción del tabaco que hallamos en la *Historia general de las Indias* —1535— de Gonzalo Fernández de Oviedo: “Usaban los indios de esta isla entre otros sus vicios uno muy malo, que es tomar unas ahumadas, que ellos llaman tabaco, para salir de sentido; y esto hacían con el humo de cierta yerba, que a lo que yo he podido entender, es de calidad del beleño; pero no de aquella anchura o forma a la vista; porque esta yerba es un tallo como de cuatro palmos poco más o menos de alto y con unas hojas anchas y gruesas y blandas y vellosas; y el verdor tira algo al color de las hojas de la lengua de buey o buglosa: que llaman los herbolarios y médicos. Esta yerba que digo en el género es muy semejante al beleño. La cual toman de esta manera: Los caciques y hombres principales tenían unos palillos huecos; del tamaño de un gemo o menos, de la grosseza del dedo menor de la mano. Y estos cañutos tenían dos cañones correspondientes a uno, como aquí está pintado y todo en una pieza. Y los dos ponían en las ventanas de las narices, y el otro en el humo y terba aquella yerba arrebujadas o envueltas de la manera que los pajes cortesanos suelen echarse ahumadas; y ponían la otra parte del cañuto sencillo en la yerba que ardía; y tomaban el aliento y humo para sí una y dos y tres y más veces cuanto lo podían porfiar, hasta que quedaban sin sentido grande espacio tendidos en tierra, beodos o adormidos de un grave y muy pesado sueño. Y los indios que no alcanzaban aquellos palillos, tomaban aquel humo con unos cálamos o cañuelas de carrizos: Y aquel tal instrumento con que toman el humo, o a las cañuelas que es dicho, llaman los

indios tabaco; y no a la yerba o sueño que les toma (como pensaban algunos). Esta yerba tenían los indios por cosa muy apreciada, y la criaban en sus huertos y labranzas para el efecto que es dicho; dándose a entender que este tomar de aquella yerba y sahumero no tan solo les era sana: pero muy santa cosa... Al presente muchos negros de los que están en esta ciudad y en la isla toda han tomado la misma costumbre y crían en las haciendas y heredamientos de sus amos esta yerba para lo que es dicho. Y ellos toman las mismas ahumadas, porque dicen que cuando paran del trabajo y hacen estos tabacos, les quitan el cansancio.”

Nuestros conquistadores importaron pues a México el nombre de “tabaco” para una planta que aquí vieron emplear, y cuyas diferencias de especie y de uso ceremonial y terapéutico sólo percibían más tarde los estudiosos. Con el nombre de “tabaco” lo menciona Bernal Díaz del Castillo al hablarnos (Cap. xci) “De la manera y persona del Gran Montezuma y de cuán grande Señor era.” Concluido el fantástico banquete que tan pormenorizadamente recuerda el viejo soldado, nos dice que “también le ponían en la mesa tres cañutos muy pintados y dorados, y dentro tenían liquidámbar revuelto con unas yerbas que se dice tabaco, y cuando acababa de comer, después que le habían cantado y bailado y alzado la mesa, tomaba el humo de uno de aquellos cañutos, y muy poco, y con ello se adormía.”

Más adelante (Cap. xcii), Bernal encuentra estos “cañutos” con liquidámbar, llenos de “tabaco”, en el gran mercado de Tlatelolco.

Pero el nombre náhuatl de aquella planta, según no tardaría en averiguarlo Sahagún, era el de *yetl*. Había al parecer dos especies de tabaco en México: una nativa —el *yetl*— y otra





importada, probablemente por las costas del Golfo, que llamaban "picietl", o sea tabaco fino y delgado. Se menciona en los textos una tercera variedad: el cuauhuetl (cuahuil, árbol) probablemente más gruesa o corriente.

Con el nombre de "piciete"—corrupción de picietl— se refiere al tabaco en México el primer Cronista de la Ciudad, Francisco Cervantes de Salazar, en su *Crónica de la Nueva España* (escrita entre 1557 y 1564) al hablar (Cap. vi) "De las semillas y ortalizas que se dan en la Nueva España, así de Castilla como de la tierra"; "El piciete es semilla pequeña y prieta; la hoja es verde; seca y revuelta con cal, puesta entre los labios y las encías, adormece de tal manera los miembros, que los trabajadores no sienten el cansancio del trabajo, ni los puestos a tormento sienten con mucho el dolor; y el que durmiere en el campo y lo tuviere en las manos o en la boca, estará seguro de animales ponzoñosos; y el que lo apretare en los puños y subiere alguna sierra, sentirá en sí aliento y esfuerzo; los que tienen dolores de bubas lo toman para adormecer el dolor."

Al insuperable Sahagún debemos las abundantes noticias que nos asoman a las ceremonias en que el *yetl* aparece ligado a la religión y a la vida cotidiana de los nahuas. Nos conserva el nombre de utensilios relacionados con el tabaco, como el *yecuachtli*, o calabazo para el tabaco pulverizado que usaban los sacerdotes (II, 25, 26); el nombre del tabaco pulverizado que se usaba a manera de rapé, mezclado con tinta negra: *yetlalli*; el del *yacualli* o "comida de tabaco" (II, 25, 26); el del *yetl* o tabaco en general. (I, 14, 4): "Todos llevaban a cuestras unas taleguillas atadas con unos cordelejos de ixtli, con unas borlas al cabo, y de otras colgaban unas tiras de

papel pintadas, cosidas con las mismas talegas que llamaban *yiecuachtli*; y en aquellas largas talegas llevaban una manera de harina, hecha o confeccionada con tinta y con polvos de una yerba que ellos llaman *yietl*, que es como beleños de Castilla."

Los "cañutos de humo" aparecen descritos con sus fabricantes y vendedores, en el Libro X, 24, 16, del Sahagún: "El que vende cañutos para chupar humo primero corta las cañas y las desnuda o monda de las hojas, limpiándolas muy bien, y muele el carbón, bien molido, con el cual siendo mojado embarra los cañutos, y después algunos los pinta y otros los hace dorados; algunos de estos son llanos, que no llevan pintura, y muy largos, bien embarrados con el carbón molido, o bien emblanquecidos con la greda que les echan encima del carbón, o muy relucientes con el oro con que los doran; otros hay que tienen pintura encubierta, que no se ve, sino cuando se van gastando con el fuego; otros están jaspeados, otros hay donde están pintadas flores, pescados, águilas etc. . . .

"Unos se hacen para venderlos en el tiánquez, los cuales son comunes y mal hechos, y se les cae fácilmente el carbón con que están embarrados; hay muchas maneras de estos cañutos y se hacen de muchas y diversas maneras, de hierbas olorosas, molidas y mezcladas unas con otras, con que los tupen muy bien de rosas de especies aromáticas, del betún

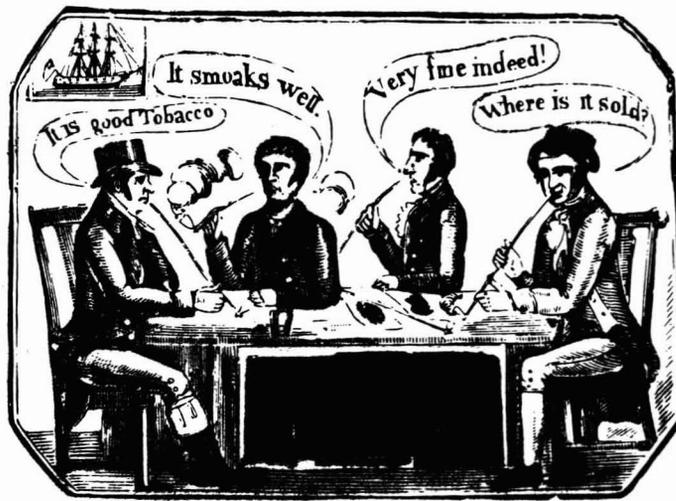
llamado chapopotli, y de hongos, de rosa llamada poyomatli, y de otras."

En su primera redacción de los *Cuatro libros de la naturaleza y virtudes medicinales de las plantas y animales de la Nueva España*, el doctor Francisco Hernández no menciona el *yetl*, que aparece como "picietl", seu *yetl*", en la de 1651. Hay pocas diferencias entre la primera y la segunda edición del Hernández en relación con el tabaco: "Llaman tabaco en la isla española a ciertos pedazos huecos de caña, de palmo y medio de largo, que por de fuera están untados con polvo de carbón, y por dentro llenos de tabaco, liquidámbar (o *xochiocotzotl*)"; (1a. ed.) "Tabacos vocant arundinum caua perforataque fragmenta; sesquidodrantem longa, pulvere carbonum extrinsecus illita, intrinsecus vero *yetl*, liquidambra, *xochicozotl*. . . referta" (2a. ed.).

Los restos arqueológicos relacionados con el tabaco, revelan que el uso de esta planta se remonta al menos a dos siglos antes de nuestra Era. La principal representación arqueológica del uso del tabaco consiste en las pipas, abundantes y variadas, que se han descubierto, como ofrendas dentro de las tumbas prehispánicas. En el Museo Nacional de Antropología se exhiben cerca de treinta, y se han examinado y clasificado más de cien ejemplares. Aunque se ha hallado algunas de piedra, el material de que generalmente se hacían era el barro cocido.

Las regiones en que se han hallado en mayor abundancia son la Huasteca; el occidente, de Michoacán a Sinaloa, y en el valle de México, principalmente en Azcapotzalco, Churubusco y la zona de Los Remedios. En Tlatilco se han hallado ejemplares muy importantes que pueden ser de los más antiguos. Son de varias clases y figuras, y algunas lucen estilizaciones de miembros humanos, como brazos y piernas. Las de





la región de occidente son angulares: tubulares con forma de caracol, en Michoacán; y algunas con la estilización del cuerpo humano, como una que tiene por tubo la pierna derecha del hombre sentado, en cuyo dorso está el hueco para el tabaco, en tanto que la pierna izquierda, doblada, forma el asa para sostener la pipa.

Los códices (el Borgia, el Trocortésiano) nos conservan representaciones de pipas, lo mismo que los relieves mayas y las piezas de cerámica de la misma cultura. Los antropólogos encuentran en las pipas material inapreciable para el estudio de la evolución del arte prehispánico. En resumen: las fuentes escritas en los

códices, o representaciones murales y grabadas, atestiguan el uso de las pipas, que se ha documentado principalmente en la zona de influencia azteca: en las regiones huastecas, tarasca, maya, y aun muy al norte, en las cercanías de Zacatecas.

En cuatro usos puede clasificarse el del tabaco en el México prehispánico: RITUALES, como ofrenda a los dioses y a los muertos, y como droga con que los hechiceros y los sacerdotes lograban una excitación artificial; CEREMONIALES, como una expresión de cortesía ofrecida por o a los embajadores; al declarar la guerra, al celebrar banquetes, al pedir a una novia, etc; MEDICINALES, por lo

menos para unas cincuenta enfermedades se halla indicado en las fuentes el uso del tabaco en diferentes formas (infusión, unguento). Este es el uso en que se ocupan de esta planta del "piciete", tanto Hernández, como el doctor Juan de Cárdenas. ESTUPEFACIENTES O EUFÓRICOS, para quitar el cansancio, para ver visiones, para adormecerse o embriagarse.

La manera de su uso era muy variada, y hay indicios de que se fumaba en puros o cigarrillos semejantes a los de hoy. Los sacerdotes y los hechiceros lo aspiraban en polvo, como rapé. Se acostumbraba también masticarlo o comerlo; pero la forma más común era la de fumarlo en cañas que daban el aspecto de los cigarrillos actuales, sobre todo en la región azteca.

Los instrumentos para el uso del tabaco eran el *yetecomatl* o *yetecomitl*, calabazos pequeños u ollitas que en los códices llevan los dioses, y que usaban también los sacerdotes: el *acayettl* o "caña de tabaco", que al principio fueron de verdadero carrizo (*acatl*); pero que luego se hicieron de barro y aun de oro. Para el tabaco en polvo —en especial para ceremonias— usaban el calabazo; y el *yexicalli* (jícara de tabaco) era una cazoleta para colocar las cañas consumidas como hoy lo hacemos con las colillas en los ceniceros. Las había de barro y —para los poderosos— de oro.

Para hacerlo más grato, o acaso para aumentar su efecto, se mezclaban al tabaco diversas sustancias: plantas aromáticas de la región tropical, como la vainilla o el huacalxóchitl, o el chapopotli.

Como el pulque y el cacao, el disfrute del tabaco estaba reservado a las clases directoras, sacerdotes y guerreros. El hombre del pueblo no fumaba, y había penas severas para el que osara hacerlo.



Guerreros caribes (Brasil) reciben bocanadas de humo de tabaco y adquieren fortaleza (grabado en cobre del cuarto libro de América, Francfort, 1593).



**Ernesto  
Cardenal**

**Katún  
II Ahau**

Katún de muchas flechas y deshonrosos gobernantes,  
de tristeza en las chozas,

cuchicheos,  
vigilancia en la noche.

En este katún  
lloramos por los libros quemados  
y por los exilados del reino. La pérdida  
del maíz  
y de nuestras enseñanzas del universo.

Avaricia y pestilencia y rocas y calaveras.

El Cacique Gato Montés. El cacique Oso Melero. El Jaguar del pueblo.  
En este katún escribe el chilán:

“el pueblo come piedras  
come palos”.

El katún de la colecta de tributos,  
del robo de la máscara,  
del robo del tesoro enterrado en la milpa.  
En este katún siempre hay invasores,  
enemigos de la tierra.

Ah los chupadores. . .

—Jejenes de los pueblos.

Los vaciadores de tinajas.

Y qué dura nuestra vida en la selva, como tepescuintles.  
Desprecian nuestros conocimientos del libro del universo  
para la protección del pueblo.

(En este katún se ríen de nuestros trajes.)

Perdidos los jeroglíficos en el monte.

Nuestra Civilización, bajo los zopilotes negros.

El huracán arrancó nuestras casas.

Los Nobles son peones cavando en la carretera.

El pueblo va encorvado con su montaña cargada en una red.

Y los gobiernos, son como sequía. . .

Y decimos: si volviera aquel

que por primera vez construyó un arco,  
compuso oraciones,

creó el calendario que hizo posibles las crónicas y la historia  
y los augurios del futuro.

Ahora, mientras tanto, como tepescuintles.

Tristísima luna,

tristísima luna en el cielo del Petén.

Opresión. . .

Vigilancia en la noche.

El gran Oso Melero libidinoso. . .

Y escribe el chilán, ‘el que es boca’:

“Ahora hay Gran Plaga, gran huracán.”  
En el mar azul sale la aleta  
sale la aleta  
del maligno Xooc, Tiburón.

Pero pasará el katún de los Hombres Crueles.  
El Katún del Arbol de la Vida será establecido.  
—Y un gobierno benévolo.  
Ya no le pedirán al pueblo reducir la comida.  
El Katún Unión-con-una-Causa,  
el Katún “Buenas condiciones de vida”.

Ya no hablaremos más en voz baja.  
El pueblo va a estar unido, dice el chilán.  
Muchos se juntarán para cantar juntos.  
Ya no existirá más el Oso Melero.  
La piedra del monte tendrá otra vez un rostro hermoso.  
La piedra cuadrada  
tendrá rostro.

Habrá buenos gobernantes para dicha del pueblo.  
Señores legítimos.  
Abundancia en las montañas, y bellas ceremonias.

Es el tiempo de construir sobre la vieja pirámide  
una nueva pirámide.

Es arponeado el maligno Xooc, Tiburón.

Y siempre habrá chilanes en el pueblo.  
El Chilán:  
el que lee las escrituras sagradas  
y estudia el cielo nocturno.  
—Los movimientos del Sol y de la Luna  
para saber el tiempo de la preparación de las tierras,  
la cortada de las mazorcas,  
la quema de las milpas,  
la puesta de las trampas,  
la búsqueda de los venados en el monte.  
El Chilán: Él señala los días de lluvia.  
Los días en que los hombres cantan.  
El final de la estación de las lluvias.  
Defiende de las plagas y el hambre.  
Distribuye la comida en los días de hambre.  
Supervigila la labrada de las estelas,  
diseña los nuevos templos,  
entrega las tabletas con los eclipses.

1



## Una inocentada

1. Después de la llamada Paz de 1918, Europa no tuvo más política que oponerse, por todos los medios, al triunfo de la Unión Soviética. La atacó usando de las armas y de la diplomacia. A este fin lo sacrificó todo, incluso su seguridad futura. Se permitió, como antídoto, la expansión del fascismo y del nazismo. Se consintió disimuladamente, y aun con violación de convenios explícitos, el armamento y la reorganización militar de Alemania, en la que se creía ver una posible barrera contra Rusia. Inglaterra hizo un doble juego, no dudando en poner a su aliada Francia en situación de verdadero desconcierto internacional, origen de su próxima ruina. Cuanto venía de Rusia era sospechoso, aun los planes que ésta proponía para el desarme y el pacifismo y que eran la cabal expresión de los pretendidos credos ginebrinos. Se calló ante la agresión imperialista del Japón contra la China semisovietizada. Se toleró el crimen de Mussolini en Etiopía, para mejor afianzar el dique italiano. Se

admitió el crimen contra la República Española, demasiado inclinada a la izquierda. Tanto se dejó avanzar a las derechas, que se les abrió el camino para las invasiones totalitarias.

2. Después de todo ello y a pesar de todo ello, al sobrevenir la segunda Guerra Mundial, los aliados angloamericanos se rindieron ante la realidad de los hechos y reconocieron entonces en Rusia la única fuerza capaz de detener a Hitler, que era ya, por inversión de papeles, el verdadero peligro. Fueron a implorar, en la conferencia de Teherán, la reconciliación y las condiciones de la Unión Soviética. Lo cual dejaba ver a las claras que el factor determinante en el porvenir sería la Unión Soviética, nunca vencida y cada vez más poderosa.

3. Algunos supersticiosos se figuraban que el juego angloamericano consistía en usar a Rusia como víctima propiciatoria y dejar que tanto ella como Alemania se desangraran, para después imponer la paz desde Londres y Washington. Lo cierto es que los acontecimientos se precipitaron, dictando su propia lógica, y Rusia se quedó con las cartas en la mano, aun por el hecho de no haberse comprometido, como Londres y Washington, al total aniquilamiento de Alemania y por haber dejado traslucir, en cambio, que aceptaría una Alemania democrática y no-hitlerista, aunque fuera capitalista y burguesa. Los angloamericanos, ante el enemigo común, se habían comprometido a un triunfo militar absoluto, que sin Rusia no podrían obtener; en tanto que ésta quedaba con las manos libres para pactar la paz cuando bien le pareciera y sin consultar con nadie. En esto se reveló la mayor profundidad de la política soviética, así como antes se había revelado en hacer una pasajera alianza con Hitler para decidirlo a lanzarse a su perdición, y en fingir una engañosa debilidad militar, dejándose derrotar en Finlandia, para enmascarar su intensa preparación.

4. En la conferencia de Teherán, los angloamericanos, descubriendo ya la flaqueza de su situación, fueron a pedir de Stalin por lo menos su salvación inmediata. Aceptaron lo que él quiso. Se convino en dividir Europa después de vencer a Alemania. La Unión Soviética se quedaría con la parte oriental, por lo menos hasta Checoslovaquia, y entraría por los Balcanes y el Asia sobre el Mediterráneo, hasta el punto en que, de momento, no estorbase el dominio británico de Egipto y Suez. El Imperio Angloamericano se quedaría con la Europa Occidental, incluyendo Holanda, Bélgica, Francia, España, Italia y restaurando las monarquías conservadoras que eran más de su agrado.

5. Quedaban algunos cabos sueltos: a) El latente conflicto sobre el Mediterráneo Oriental, que ayudaría a complicar más tarde las cosas. b) La Francia reacia, replegada en Argel, donde

# Alfonso Reyes

## Dos textos inéditos

en vano se quiso crear un protectorado bajo el general Giraud, y donde el general De Gaulle se las arregló para adueñarse gradualmente de la administración, aunque en condiciones precarias. c] La Italia libre que, desde la caída de Mussolini por efecto de la invasión angloamericana, se negaba a aceptar el neofascismo de los expedicionarios yanquis (testigo, el manifiesto de los intelectuales contra la AMGOT, encabezado por la firma de Croce), y se negaba a la restauración de Saboya, aun por boca de antiguos monarquistas como Sforza, a quien los Estados Unidos se figuraban haber domesticado suficientemente para el caso, ofreciéndole muchas tazas de té en los círculos sociales de Nueva York. Pero Italia no tuvo tiempo de encontrar su caudillo, y Badoglio nunca pasó de instrumento sin iniciativa propia.

6. Entretanto, por el peso mismo de los intereses y por la respectiva situación en que salieron de aquella guerra las dos naciones anglosajonas, su alianza evolucionó prontamente hacia un Imperio definido, y su capital se estableció en Washington. El monarca británico pasó a la categoría de Regente de las Islas Europeas. Churchill murió de un tercer ataque de pulmonía. Roosevelt quedó a la cabeza del Imperio. Para asegurarse los votos de los católicos de su país, pactó con el Vaticano, dejándolo intervenir hasta donde quiso en la América Latina.

7. En la América Latina, los nazis habían desarrollado una intensa propaganda, explotando el odio y la desconfianza tradicionales contra los Estados Unidos. Su palanca estaba en las clases conservadoras de las inquietas repúblicas. Pero estas clases conservadoras, aunque se apoyaban en la propaganda nazi, no pensaban servir a Alemania, sino recobrar su poderío perdido en sus respectivos territorios, y vencer al liberalismo interior que por algunos lustros las había sometido. Por su parte, los Estados Unidos estaban seguros de anexarse en el momento oportuno a estos conspiradores latinoamericanos de la derecha, en cuanto se dejara ver el entendimiento entre Washington y la Iglesia Católica.

8. Por eso —aunque bajo aparentes protestas que tan sólo encubrían su maniobra— los Estados Unidos no dieron un solo paso para evitar que se afirmaran los regímenes despóticos, primero en la Argentina, luego en Bolivia, más tarde en Chile. Se hicieron de la vista gorda ante la continuación de las dictaduras brasileña, peruana, dominicana, guatemalteca, etc. Y finalmente, invirtiendo sus alianzas históricas con México, abandonaron a los liberales que tantos bofetones les habían dado (recuérdese la política cardenista) y, por el camino de la conciliación (recuérdese a Avila Camacho), se pasaron a los “mochos” y determinaron el establecimiento de un despotismo eclesiástico militar con capital en Puebla y bajo el mando efímero de Véjar Vázquez que, intoxicado por la penicilina, fue sucedido por el cardenal Guisa y Azevedo.

9. Esto servía los fines de Washington, pues, para tener a América quieta y acudir al creciente conflicto europeo, al Imperio Anglosajón no le convenía permitir en las veinte repúblicas verdaderos gobiernos, sino regímenes de policía a su servicio y bajo su protección.

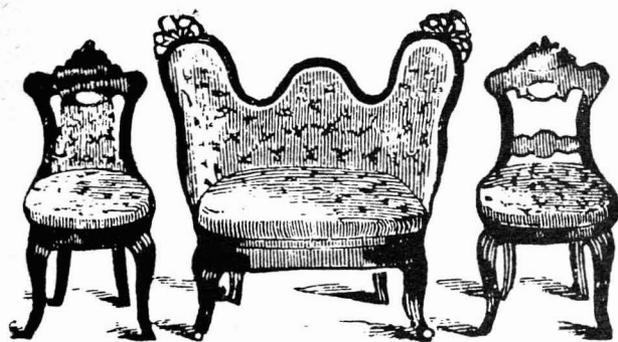
El movimiento latinoamericano hacia la derecha había comenzado en México, pero aquí se cubría con discretos disfraces de conciliación y con máscara de buen vecino que el instinto popular calificó de “entreguismo”. La Argentina, por un doble engaño, creía halagar secretamente los celos de la Gran Bretaña contra Washington, y la Junta de Coronales se presentaba, de paso, como el núcleo sostenedor de la independencia latinoamericana ante los Estados Unidos, campeonato histórico que México había dejado caer. Pero no se contaba con que, a la creación del Imperio Anglosajón de ambos continentes, la Argentina quedaría en el trance del “remendón remendado” y, por su decidida marcha hacia la dictadura y su influencia en la creación de regímenes parecidos en los países vecinos del Sur, no había hecho más que colaborar y preparar el camino para los planes de Washington. El gobierno pelele de la Argentina quedó en manos de Leopoldo Lugones hijo, a quien previamente obligaron a tomar otro nombre.

10. En cuanto al Brasil, siempre pupilo predilecto de Washington, no tuvo que cambiar sus métodos. Continuó bajo la dictadura mansa y nada boba de Getulio Vargas, quien hasta la fecha sigue en el poder por un milagro de longevidad y de astucia que parece burlar las leyes políticas y las naturales. Y el Brasil sacó de la situación tan grandes ventajas, que puede con razón considerarse hoy por hoy como la Segunda Potencia, después del Imperio Anglosajón.

11. Si se examina lo que hemos dicho sobre la repartición de Europa al término de la pasada guerra, se verá al instante que la verdadera manzana de la discordia tenía que ser Alemania. ¿Quién se quedaría con ella, el Imperio Soviético de Oriente o el Imperio Anglosajón de Occidente? Esta rivalidad se vino acentuando hasta determinar la nueva catástrofe internacional.

12. Hoy, 8 de agosto de 1961, acaba de declararse la guerra entre ambos imperios. La lucha asumirá proporciones nunca soñadas, por la imbricación de todos los intereses de los distintos pueblos y por los enormes desarrollos científicos de los medios de destrucción. El siglo xx habrá conocido así, en tres sucesivas generaciones, los peores cataclismos que registra la historia. Es de temer que, en la guerra que acaba de declararse, encuentre su trágico fin la especie humana. Las fieras volverán a circular libremente por el planeta, hartándose con nuestros cadáveres.

2



## El escondite (acto mudo)

### PERSONAJES:

El niño Pepito, hermano de Juanita.  
 La niña Pepita, hermana de Juanito.  
 El niño Juanito.  
 La niña Juanita.  
 El jovencito de la casa.  
 La criadita india.

Escena, dividida en dos habitaciones: una sala con sillones, cuadros de familia y mesa redonda al centro, y un cuartito menor, que comunica con la sala por una puerta, lleno de armarios. Un armario, puesto en un ángulo, hace un rincón propio para escondite.

### DESARROLLO MIMICO:

*1er. movimiento.* Pepito y Pepita entran a la sala de puntillas, buscando un escondite. La examinan (muebles, cortinas, etc.). Ella señala el cuartito de armarios. Ambos entran allí sigilosamente, cierran la puerta de comunicación con la sala y se refugian en el rincón que hace el armario del ángulo. Se oyen sus risas sofocadas.

*2do. movimiento.* Entran a la sala Juanito y Juanita. Buscan debajo de la mesa, detrás de los muebles y las cortinas. Se hacen señas uno a otro para indicar que no hay nadie, y salen corriendo de la sala para continuar su busca.

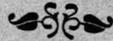
*3er. movimiento.* Entra la criadita india corriendo, perseguida por el jovencito de la casa. Uno detrás de otro, dan un par de vueltas en torno a la mesa redonda. La indita entra en el cuarto de los armarios y trata de encerrarse, pero el jovencito abre la puerta, empujando a la indita.

*4o. movimiento.* Oscurecimiento de unos instantes.

*5o. movimiento.* El jovencito y la indita salen del cuarto de armarios y cruzan la sala riendo, abrazados. Ella va despeinada. Él, con la corbata torcida.

*6o. movimiento.* Pepito y Pepita abandonan su escondite y pasan a la sala con caras de azoro, jadeantes. Se miran, no saben qué hacer. Pepito, de repente, se lanza sobre Pepita y quiere acariciarla. Ella lo rechaza y le aplica un par de cachetes. Siguen titubeando, contemplándose uno a otro con expresión de espanto. Al fin, se dejan caer al suelo, se sientan uno junto a otro y, abrazados, sollozan sin poder contenerse.

AGUSTIN YAÑEZ



# LA BODA DE DON QUIJOTE



Al tercer día en la madrugada despertó Alonso Quijano con sensación de alivio. Llevó las manos a la frente, a las mejillas, del cuello al pecho, comprobando que habían desaparecido la calentura y el sudor, latía con sosiego el corazón, respiraba sin dificultad, tampoco le dolía la cabeza; sólo experimentaba una gran sed. Quiso gritar, llamar al ama, pedir agua, comunicar su sensación de hallarse aliviado. Alguien roncaba entre tinieblas, estrepitosamente. Afuera cantaban los gallos y había ruidos inconfundibles de alborada. Prefirió esperar. Una y varias veces pestañó, bostezó, recorrió con las manos el cuerpo, con la reseca lengua el paladar. No había duda: desaparecía la enfermedad. Los ronquidos comenzaron a dolerle: parecían de Sancho, pero podrían ser a lo peor del ama y aun de Antonia; de quien fueran, ¡qué modo de velar a un moribundo!; menos malo que sean de Sancho ¡el pobre: tan montaraz! Tanto como de agua sintió ansia de luz. En el corral relinchó Rocinante. Una oleada de ternura invadió al postrado. El alegre relincho era el saludo de la vida. Después de todo, quién sabe cuántos días habrían pasado en vela, tenían derecho a roncar, estarían rendidos. Afuera lo esperaba el cuidado de su hacienda, los trabajos tanto tiempo abandonados. ¡Los trabajos! Regresar tras de haber hecho el ánimo de morir. Era como resucitar. ¿Se alegrarían, como Rocinante, la sobrina, el ama, Sancho, los demás amigos? Recordó que se había confesado y había hecho testamento; que lo habían santoliado. Era resucitar de entre los muertos. Los ronquidos proseguían con tenacidad. Un acceso de cólera, propio de su carácter, acabó de convencerlo: estaba vivo y sano, le ardía la sangre como antes, le dolía el ingrato abandono de sus familiares. Las tinieblas lo hicieron pensar en la tumba, en

# LA BODA DE DON QUIJOTE



Grabados de Gustavo Doré

los que vuelven en sí dentro de la tumba, enterrados vivos. Pudieron sepultarlo precipitadamente, al fin había hecho ya testamento. Si como eran movimientos en la cama, bostezos, carraspeos y emisiones guturales las que hacía desde que despertó, fueran estertores de agonizante, seguiría roncando el dormido. ¿Por qué tardaba la claridad? Extendió las manos a la cabecera: sí, reconoció que se hallaba en su lecho, trató de orientarse dentro de su cuarto: aquí ha de caer la ventana, enfrente la puerta, el arcón de la ropa, los libros y papeles; más acá la mesa, que las mujeres limpiaron para recibir al Viático, revolviendo y escondiendo las cosas que allí había; quiso adivinar qué muebles habrían removido, a dónde hubieran colocado su sillón predilecto; el ansia de luz fue mayor que la sed; la más tenue claridad le ayudaría en el redescubrimiento de objetos que formaban parte de su vida; sabría quién era el roncador impertérrito. Y cuando al fin la claridad comenzó a filtrarse por las rendijas y oyó el canto de pájaros mañaneros, tuvo nuevo acceso de irritación: cómo nadie venía a ver si había salido la noche con vida; ni la luz ni los ruidos acababan con el roncar del que suponía que lo cuidaba.

Dio entonces un grito más fuerte que las voces prorrumpidas al salir del sueño el día que cayó enfermo:

—¡Ama! —el grito hueco resonó en las paredes. Apresuradamente cesaron los ronquidos y se oyó que al incorporarse y venir al lecho caía un cuerpo:

—Qué, qué, señor —era la voz angustiada de Sancho.

Adormiladas, a medio vestir, acudieron la sobrina y el ama.

—Estoy de alivio.

Mientras encendieron la luz, mientras el ama se acercó a tocar la frente y las manos del enfermo, se mantenían en la duda los tres espectadores (— *Delira. —El alivio de la muerte. —De la mano a la boca se va la sopa.*)

—Bien habría podido morirme sin que se dieran cuenta.

—Tres días con sus noches teníamos sin pegar los ojos —dijo el ama.

—El cura, el bachiller, las demás amistades hicieron que nos turnáramos anoche — dijo Antonia.

—Pescado que se duerme se lo lleva la corriente — dijo Sancho.

Quijano a grandes voces dijo que se moría de sed. Cuando apuró la jarra completa dijo que se moría de hambre, mentó el palomino, el plato de lentejas, el salpicón, la olla de algo más vaca que carnero. Sancho, el ama y la sobrina se convencieron de que iba de alivio; a una sintieron decepción, por el ánimo hecho a la muerte del deudo y los preparativos completos de lo que cada uno separadamente había pensado hacer en el trance, desde los grandes lloros hasta la representación de desmayos, cuando lo amortajaran, lo tendieran, lo velaran, lo sacaran a la iglesia, lo enterrarán. La confusión estalló en exclamaciones de alegría, en alabanzas a Dios por el milagro, dándose los tres el "quién vive" por ser más expresivos en sus demostraciones. El ama corrió a la cocina a prepararle alimento; Sancho a las casas de vecinos y amigos para enterarlos del milagro; Antonia permaneció con Quijano por si algo se le ofrecía. La luz de la mañana, los alegres relinchos de Rocinante llenaban la alcoba.

Vecinos y amigos acudieron prestos a la novedad, cura, barbero y bachiller a la cabeza, divididas las opiniones acerca del que daban por muerto y hasta testamento había hecho. El más cariacontecido era Miguel de Cervantes, alias el manco. El manco de Lepanto.

Rápida la convalecencia. —Qué buena la naturaleza de Quijano —decía el barbero. —Efecto de las asoleadas, de andar al aire libre buscando aventuras —afirmaba el bachiller.

Los contrariados, cada días más, eran los presuntos herederos, y otro tanto, por los propósitos que tuvieron, los nombrados albaceas. Bien que los planes de Antonia, limitados por el testamento, al fin la hicieran alegrarse.

De allí a poco, Alonso comenzó a inquietarse al recordar las palabras de Sancho el día del desahucio: —No se muera vuesa merced... porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más... vámonos al campo... quizá tras alguna mata hallaremos a la señora Dulcinea desencantada, que no haya más que ver... el que es vencido hoy, ser puede vencedor mañana.

—Ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño —las palabras del buen caballero eran repetidas con tosudez de refrán por Sancho, cuando Quijano dio en la obsesión de acordarse y nombrar a Aldonza Lorenzo.

—Qué nueva locura es ésta —prorrumpió el cura cuando Alonso le confió la pretensión de casarse: —peor será que la primera.

Y como entre otras razones el feligrés habló de sentirse obligado a reparar los ludibrios inferidos a Aldonza tantas veces como a troche y moche la proclamó Dulcinea, el tonsurado exclamó, sin contener la risa:

—Eso sí es bueno; morrocotudo! Conque Dulcinea era esa muchacha del Toboso? ¡La sin par Dulcinea! ¡Pistonudo! Debí haberlo pensado, pues ahora recuerdo el tiempo en que vuesa merced anduvo enamorado de la interfecta.

Refrenó Quijano el enojo que las burlas y vulgaridades del clérigo le provocaban; con firmeza persistió en la carga de razonamientos, apeló a las Escrituras, trajo a cuento las exigencias de la naturaleza que deben ser satisfechas conforme a derecho divino y humano, dedujo la conveniencia personal y para su hacienda, como para sus deudos mismos, de atraer a la casa, con las gracias del sacramento matrimonial, el cuidado amoroso, laborioso, de una mujer como Aldonza; se quejó, en fin, del desapego en que habían incurrido la sobrina y el ama, desde que permitieron la destrucción por igual de sus libros y lo menospreciaron por loco, hasta el abandono en que lo habían dejado la mañana de su alivio. Contrarreplicaba el cura, enumerando los inconvenientes de un matrimonio a la edad y en las condiciones de Quijano, las diferencias que lo separaban de Aldonza: no la menor, sus diversos gustos y educación, la injusticia que cometía con sobrina y ama, la situación en que las colocaría, los quebraderos de cabeza que sobrevendrían, hasta llegar presumiblemente al engaño y los desengaños.

Nada valieron argumentos ni augurios, burlas ni amonestaciones del cura, ni los que sucedieron del bachiller, del barbero y otros vecinos que se franqueaban con Quijano, a medida que



fue haciéndose público el asunto. Tampoco valieron los aspavientos, amenazas, malos modos, lloros, ruegos y rezos de sobrina y ama, enfurruñadas como basiliscos desde que Dios amanecía hasta que anochecía, un día sí, otro también, lo cual encaprichó más al enamorado.

Como Sancho volviera con aquello de los nidos de antaño, los pájaros de hogaño, Alonso lo encaró:

—Tú también, mi fiel y servicial Sancho, me sales con sentencias infundadas y tratas de arredrarme con pronósticos; tú, cuyas palabras me volvieron a la memoria deleitosa de la que fue buena parte de mi heroica locura; tú, que al sentir lo irremediable de mi muerte me incitaste a ir al campo en su busca, y encendiste mi sangre con la ilusión de hallarla, y remetiste su imagen dentro de mi carne con la frase prometedora: “Estará que no haya más que ver.” Y ahora sales con otro cantar. No me decepciones. Tú no eres ni trates de parecerse al cura, al bachiller ni al barbero. Para mí vales más que todos juntos con Antonia y el ama. Lo que has de hacer es ponerte de mi lado y ayudarme en el trance de mi honesta pretensión, por lo cual no te arrepentirás, como nunca te has arrepentido de servirme, pues lo principal falta y es conocer lo que la dueña de mis pensamientos piense de ellos; la dificultad está en mi natural tímido para estas empresas pudibundas, cuanto más que no dejo de considerar los efectos contrarios de mi edad, carácter, hábitos, y los que pudieran acarrearle las locuras en que anduve metido, para estorbar que Aldonza corresponda mis sentimientos, temerosa de comprometerse con un viejo que acaso no haya recobrado la razón por completo; y aun cuando ella de su cuenta no lo pensara, cerca tendrá gentes malvadas que se lo digan y repitan, ahuyentando con burlas y reflexiones lo que de grado aceptara. Vas viendo cuán difícil es el caso, que a veces tengo por callejón sin salida, bien que mi conciencia me haga perseverar en su conveniencia. Sólo tú podrás sacarme del atolladero. Comenzando porque me siento incapaz de hacer conocer por mí mismo a la dama mis propósitos, ni encuentro modo siquiera de acercármele, por más vueltas que le doy, planes que devano, ni arbitrios que imagino. Ésta es la situación apurada en que se halla el amigo al que sacaste tantas veces con bien de lances que no pueden ser más aflictivos comparados con el presente.

Sancho se rascó la oreja. Picó el anzuelo de la vanidad en demostrar su astucia, deparada también la ocasión de dar la contra al cura, al bachiller, al barbero, a la sobrina y al ama, cuya ojeriza lo tenía resentido. El discurso de su amo, por otra parte, le había gustado, recordándole los felices días de sus andanzas y desafíos a la ventura.

—Harto veo —dijo con resolución— que a vuesa merced no se le cuece el pan ya no digo en el alma sino en el cuerpo, y es justo dar a la naturaleza lo que con derecho reclama, cuantimás que entre santo y santa pared de calicanto, por lo que fue instituido el santo sacramento del yugo, como panal de rica miel que atrae a los que se hallan afuera, y atrapa y empalaga a los que han caído en él, y pues en cuestión de gustos cada uno es rey de los suyos, diga cada uno lo que quisiere, y si vuesa merced ha pesado su voluntad, haga oídos de mercader, porque nadie sabe lo que carga el sayo sino el que lo lleva, ni

nadie tienda más la pierna de cuanto fuere larga la sábana, y en esa orden de santa Clara: dos cabezas en una almohada, más valen mañas que fuerzas; el que lengua tiene a Roma llega, y cuando a Roma fueres haz lo que vieres; digo: que en esto de arreglar casorio hay que seguir los usos; no haya cuidado vuesa merced, que yo sabré desempeñarme a pedir de boca, porque si es verdad que velo y mortaja del cielo baja, no lo es menos que en casa llena presto se guisa la cena, lo mismo que donde se piensa que hay tocinos no hay estacas, y quien destaja no baraja, pues a quién le dan pan que lllore, o mesa puesta y cama hecha; eso sí: dádivas quebrantan peñas, y las mujeres son las primeras en meter el buen día en casa, y más aprisa si el día va corrido y sienten el apuro del quedarse a vestir santos, que son entonces capaces de agarrarse de un clavo ardiendo y aun de comer lumbré; el hombre es fuego, la mujer estopa, llega el diablo y sopla, digo: el diablo que las mujeres llevan dentro, cuando se les quema el alma en el cuerpo sabiendo que la estopa se les seca. . .

—Entre tanta palabrería —lo atajó Quijano con impaciencia—, sospecho insinuaciones deshonestas, que repugnan a mi recta intención, aunque no he de negarte que la retahíla de tus refranes me han hecho sonar los halagos de la esperanza; en buen romance dime si cuento contigo, y déjate de rodeos y de términos sibilinos.

—Aladinos o lo que sea, ya se lo dije, y a entendedor ladino pocas palabras bastan. Déjeme hacer y en menos que canta un gallo se verán sus pretensiones cumplidas; ni le preocupen lenguas de maldicientes, porque ya lo dijeron en presencia nuestra, que atarlas es querer poner puertas al campo, ni nunca se le dará gusto a la gente, según lo enseña el cuento del hombre, el burro y el niño, que por conocido lo excuso; así se dice: pon lo tuyo en concejo: unos dirán que es blanco y otros que es negro; tampoco se fatigue imaginando el efecto que a la hija de Lorenzo puedan causarle las pasadas hazañas de caballería, que yo le respondo de trocar en cañas las lanzas, porque o nada sé de puntillos femeninos, o no hay mujer que resista serlo de hombre que anda de boca en boca, sea por temerarias aventuras, por agudeza de ingenio, por hacienda cierta o presumida, y por cualquier otro título de renombre, que todas quisieran ser conocidas por él, y con más fuerza las que viven alejadas de la fama y nada han hecho por merecerla y compartirla; no se diga la fama derivada de la locura heroica, que rompe los más duros corazones de mujer, y más cuando se han cometido esas locuras en su obsequio y por su causa. Pierda cuidado, mi señor don Alonso, sin que se le tuesten las habas.

—Dios te oiga —suspiró el bueno de Quijano.



Para no alargar la historia, tras de idas, venidas, rodeos, evasivas, argucias, condiciones, contestaciones, Aldonza y sus parientes convinieron en la boda, lo que de cuenta de la fémina hubiera sido más rápido, pues anduvo acertado Sancho en apuntar al blanco de la impaciencia que no quiere resignarse a la soltería, cuando ésta va pareciendo irremisible; más trabajo costó al socarrón desbaratar la resistencia opuesta a la locura de su amo, y hacer entender a la Lorenzo el significado de Dul-



cinea, tan halagüeño para ella; bien que Sancho tampoco tuvo escrúpulos para infiltrar las ventajas de manejar la hacienda de un loco, que sobre bueno, era crédulo, además de viejo, esperanza —esto último— de pronta herencia, que había facilitado el consentimiento de los Lorenzillo; éstos temían sobre todo la tacañería del viejo, y apuraron providencias para prevenirla. Quedó revocado el testamento hecho *in articulo mortis*, y constituida por el novio —tras de regateos— una dote suculenta.

Convencidos de que no tenía remedio el capricho del vecino, cura y bachiller acabaron por ayudarlo en las negociaciones.

—Ándele pues, mi señor feligrés, puesto que se amacha en que esa mula es mía aunque se tumba, éntrele a saber lo que es abrazar a fuerzas—. Cura y bachiller cumplieron la formalidad de pedir la mano de la labradora, hija de labradores, rehusándose a ser acompañados por Sancho, cuyos oficios de tercero lo tenían excomulgado feamente por el vecindario.

En vísperas de la presentación eclesiástica —y ésa sería la ocasión en que por vez primera se verían frente a frente Alonso y Aldonza, no vencida sino acrecentada la timidez del pretendiente—, un tropiezo pudo dar al traste con los arreglos.

Lleno de misterios y con aire compungido llegó un día Sancho enredando refranes e historias confusas de mandrines, envidias, venganzas, entuertos, ruindades, inocencias empañadas por las fuerzas que permanecen incólumes, noblezas de ánimo comprensivo, extraños designios de la suerte, pruebas de corazones esforzados... todo en maraña de rodeos, de reticencias, los maliciosos ojos en acecho, saltando del temor a la risa forzada, en guardia, celando las impresiones en la cara del viejo, que acabó por impacientarse y exigir que Sancho hablara claro; el marrullero fingió hacerlo, su rara inquietud se acentuó, sin bajar de los montes de Úbeda; rascándose nerviosamente, disparó el petardazo: que la doncella no lo era y sí lo era, lo primero porque había sido forzada por un malhechor desconocido que la asaltó en el campo, de noche, y lo segundo porque había sido sin su voluntad y sin escándalo que menoscabara su honra pública: pero que su conciencia la obligaba a confesárselo, dejándolo en plena libertad, y que sería ella la que se atribuyera la culpa de arrepentirse de la boda, caso que Alonso quisiera desbaratarla; en fin, que hubiera ella querido no confiar su secreto sino al que la pretendía, pero como éste no daba ocasión de hablar, había tenido necesidad, eso sí: bajo juramento de sepultarlo en una tumba —y Sancho se besaba los dedos de ambas manos en cruz, repetida, nerviosamente— de decirle la verdad, aunque ni se sentía culpable, ni su alma tenía manilla.

Quijano se quedó de una pieza, pálido, con mueca de terror. No se atrevía Sancho a socorrerlo, acercándose; lo que hizo fue volver al enredo de su verborrea refranera, tratando de alentarle, de consolarlo. El viejo lo calló con brusco ademán.

—¿Y has jurado en lo más hondo de tu corazón?

—En lo más hondísimo, por estas crucecitas santas —el rústico volvió a besarse muchas veces los dedos en cruz, comprendiendo que la dureza del golpe dejaba intacta la obsesión del viejo por casarse.

—¿Como si estuvieras en presencia de Dios y comprometieras tu salvación eterna? Óyelo bien, Sancho: tu condenación

eterna.

—Por esta lengua que se habrán de comer los gusanos.

—Vuélveme a jurar el secreto; pero no a mí, sino a Dios eterno, en mi presencia, constituido yo en su brazo secular para castigar la sombra más leve de perjurio, ¿lo entiendes? ¿Entiendes a lo que con mi furia te expones?

—¡Que si no voy a saberlo! Si no más de ver a vuesa merced en estos momentos me tiembla el cuerpo y hasta el ánima, recordándolo en sus fieras acometidas contra enemigos realmente poderosos, de dar miedo al más pintado, ¿qué no haría con un pobre más cobarde que liebre? No habrá necesidad, porque yo soy de los que se les juega el cuero, y bien probado lo tengo, que hasta vuesa merced lo dijo: “al buen callar llaman Sancho”; y bien sabido me tengo que en boca cerrada no entra mosca, lo que no impide, antes viene al caso que le repita sus buenas palabras aquella vez que salimos del castillo ducal: “cuando se pone la mira en la hermosura del alma y no en la del cuerpo”... .

—¡Bien dicho te tengo, y bien prohibido que nunca recuerdes cosa ninguna de mis pasadas demencias, ni escabullas el bulto al juramento.

—¿Se puede jurar dos veces sin cometer pecado?

—Mil, con mil demonios, que me colmas la paciencia.

—Mil veces juraré, aunque me duela la poca confianza que no he logrado granjearle sirviéndole tanto tiempo en tan duras condiciones.

—Pues has de jurar, bellaco.

Sancho no quiso tirar más la cuerda, por mucho que le doliera el calificativo. Juró con aspavientos. Y aunque de antemano sabía la resolución de su amo, le rogó que lo pensara bien, tomándose todo el tiempo necesario, y que lo dispensara de llevar la respuesta en asunto tan delicado y personal.

Doce horas luchó el hidalgo entre afectos encontrados, agonía que no lo dejó conciliar el sueño; habló solo toda la noche; sintió que volvía la locura, el infierno, repasando las confusas, disparatadas circunstancias que Sancho le había dado del suceso, aunque todas iban a parar a una situación irreparable, contra la que se estrellaban por un lado sus convicciones, por otro sus deseos más y más encabritados.

Mandó llamar a Sancho; entre retóricas y quejas contra la fortuna le pidió que obtuviera de Aldonza juramento de que nadie más conocía ni conocería nunca jamás la vergüenza confesada; le ordenó que no respondiera de su parte *sí* o *no* con palabras, que se contentara en todo caso con darle a entender en forma equívoca el haber cumplido el encargo, y nada más; lo estrechó para saber mayores detalles del entuerto, con avidez de pormenores que lo hicieran sufrir; sin decirlo expresamente, pero en forma menos vaga que ayer, Sancho dio a entender que podría sospecharse hubiera sido venganza de algún enemigo de los muchos en que cebó sus justas iras el caballero andante, y que siendo incapaz de tomar desquite directo buscó el modo más infame y que hiriera en lo vivo a su antagonista, dándose a indagar quién fuera la dama de sus pensamientos y asaltándola en despojado, a oscuras y a mansalva, de lo cual se desprendería cierta responsabilidad al que por sus hechos era causa indirecta del desguisado; no, no estaba puesto en claro:



la noche como boca de lobo, el rufián embozado, fortachón, puso pies en polvorosa tan luego logró su villanía, sin que antes ni después hubiera soltado alguna voz o signo por donde se le reconociera, ni a la muchacha le valiera el acopio de fuerzas, gritos, mordidas, arañazos con que trató de defenderse. Quijano era esto lo que preguntaba con mayor insistencia, siendo como la muchacha era moza garrida, con fama de aventajar a los hombres en lo hercúleo. Sancho se ingeniaba en explicar lo desigual de la lucha; en remachar la idea de que al fin de cuentas el antiguo don Quijote, con sus intemperancias, era el culpable, y debería reparar el secreto daño, así como el que había causado trayendo de boca en boca, de burla en burla, el nombre y la honra de Dulcinea, pues los mal pensados, que son los más, no aceptaban que no hubiera pasado con ella lo que a Oriana con Amadís. En vano don Alonso manoteó, se le llenó la boca de improperios y bilis, hizo intento de arremeter contra el antiguo escudero.

—Arréglese allá con su buena conciencia. Yo no quito ni pongo rey —dijo Sancho, poniéndose a salvo.

Cuando comenzó a recobrar la calma, Quijano insistió en saber si alguna huella de placer, de tentación e insatisfacción, o de cualquier otro género habría dejado el lance, porque al fin Aldonza era mujer.

Envalentonado por la senil pasión de que su amo daba muestras, el criado se atrevió a aconsejarle que o cortara por lo sano desbaratando lo hecho, como la misma Lorenzo proponía, o no se metiera a escudriñar escondrijos —“Mejor no menealle.”

Quijano se replegó en obtener el juramento de Aldonza y en hacerse prometer que Sancho no le daría contestación abierta, cosas que ofreció el tercero, superponiendo el índice al anular de la diestra, disimuladamente.

El dolido Alonso volvió al cura con las martilladas razones de sentirse obligado a reparar los agravios que hubiera podido infligir a la hija de Alonso convirtiéndola en Dulcinea; el cura lo interrumpió:

—No disfrace de deber sus concupiscencias, tratando de ocultarlas, ¿a quién puede hacer tonto? El que por su gusto es buey hasta la coyunta lame.

No se dio por ofendido el feligrés con la grosería, sino que aparentó resignación, queriendo explorar lo que por secreto de confesión pudiera saber su interlocutor, con impertinente riesgo de meterlo en sospechas; nada obtuvo, lo cual sirvió al caviloso de apoyo a la ilusión de que no fuera cierto lo dicho por Sancho, a quien le pesaría la infamia, o en verdad Aldonza lo tenía tan en secreto y no se sentía culpable, que ni al tribunal de la confesión remitió el caso, pensamiento al que se aferró su tranquilidad.



Corridas las amonestaciones, que don Alonso no quiso excusar, esperanzado y a la vez temeroso de que algún inconveniente fuera denunciado, llegó el día de la boda.

Una de las contrariedades del novio fue la renuencia de don Miguel de Cervantes a servir de testigo, ni asistir al acto. Cura y bachiller afirmaron que obró así por el enfado de no haberse

cumplido la muerte de don Quijote, que daba por hecha; pero sobre todo por la vulgaridad en que caía el héroe de sus rapsodias, dando al traste con tantas y tan peregrinas invenciones, entre las cuales, lo más deplorable resultaba la figura veraz y los modales de la que había ensalzado como sin par Dulcinea.

Si esto fue suposición de Pero Pérez, que así se llamaba el cura, en Alonso Quijano fue impresión que se impuso a deseos e ilusiones, tan súbita e irreparablemente como había reconocido sus locuras al recobrar el juicio. Más que pensarlo, sintió: —*con que ésta es la materia de que salió el devaneo de Dulcinea.* Luchó y quiso persistir en defenderse de lo que apareció como sensación en el curso de formalidades y ceremonias, provocada por las posturas y los ademanes, por la trasminación, por la voz, por la calidez húmeda de la mano, por el choque de lo esperado con lo hallado en la persona real de Aldonza Lorenzo, campesina e hija de campesinos. —*Pudiera ser —pensó— efecto pasajero de ignorancia, de aturdimiento, de falta de costumbre.*

A la sensación se oponía, muy desde inconformadas honduras, la imaginación de los misterios prometidos, excitada por los prodigios contornos del cuerpo, su aparente dureza, el ardor contenido de la mirada, el pudor o el recelo ariscos de la novia.

Cierto que a Quijano el bueno le impedían fijar sus pensamientos las miradas entre curiosas, maliciosas, compadecidas de los circunstantes, que de pronto le recordaron con sentido nuevo aquellas de que fue objeto en los pasados lances de sus caballerías; los ojos en cerco repetían el juicio entonces no comprendido: —“Está loco.” Tan ahora no lo estaba, que su coraje no arremetía contra los impertinentes.

En la iglesia del Toboso, como lo exige la costumbre, por ser residencia de la novia, fue la velación a hora temprana. Los Lorenzo de ningún modo quisieron dispensar comelitona y fiesta, claro que a costillas del pariente nuevo, pues otra cosa sería caer en tijeras de habladores, lo cual prolongó el suplicio del novio, que no hallaba cómo zurcir pláticas, contestar pullas, enfrentar miradas, acercarse a la novia, mover las manos, pasear los ojos, discurrir entre invitados y añadidos.

Particularmente le molestaba el proceder de Aldonza, cariacontecida y muda cuando se le acercaba, mientras parlanchina y risueña con los demás. Le molestaban las bachillerías intencionadas de Sansón Carrasco y las cuchufletas disfrazadas de sentencia que disparaba el licenciado Pero Pérez; la cara de rayos ni un momento alterada de sobrina y ama; el aire de mandones omnipotentes de todos los Lorenzo, hasta los más alejados; las cazurrerías estrepitosas de Sancho y el barbero; lo entrometido de Teresa Panza. En resumidas cuentas: todo, y a medida del tiempo y del vino, que corría generosamente, derrumbando compuertas a la vulgaridad. Toda grosería tuvo asiento en el comelitón. Rabias tragaba el novio, hasta olvidársele cuánto habría de costarle al fin el ajeno hartazgo.

Curiosidad y socarronerías que lo mortificaban rayaron en insolencias. Aldonza se hallaba despeinada. Quijano quiso marcharse; no hallando energías para cortar en seco el holgorio, acudió a Sancho; éste simuló diligencia, fue de la novia, los suegros y cuñados al bachiller y al cura; regresó con cara de com-



punción y tartamudeo de borracho: que la cosa comenzaría mal con un aguafiestas, que la paciencia era virtud cardinal de casados, que los Lorenzo tomaban a mal y no consentían en que Aldonza se marchara porque parecería correr a los invitados, que otra cosa sería si él escapaba, pues los demás entenderían y lo seguirían; que cura y bachiller abundaban en la misma opinión, y aun alegaban Escrituras del Antiguo Testamento —“el caso de una señora Sara”— en apoyo de añeja tradición manchega conforme a la cual queda la novia unos días en casa de sus padres, al cabo de los tales la mandan éstos a la del novio.

—Voto a los tales—gruñó congestionado Alonso—, que voy a hacer aquí, en mis cabales, lo que con el retablo de maese Pedro.

Lo dijo, pero entre dientes y sin proceder, actitud que hizo deplorar a Sancho dentro de su colete: —“Pobre de mi amo, bien dicen que dice el cura que Cervantes dijo que más le valiera haberse muerto porque así nadie le quitara la fama de valiente y esforzado.”

En eso llegaron el cura, el suegro y el bachiller, con que si quería irse lo acompañaría el cura, que la buena costumbre como la piadosa tradición prescribían que la desposada quedara en casa y otra cosa sería traer en lenguas la honestidad de Aldonza, como el respeto de la parentela; que digno y santo era el designio de la muchacha para pasar en oración esa noche; que a la tarde siguiente sería conducida por su padre a la casa del esposo. Porfió Quijano, acudió la suegra, intervinieron otros vecinos, hubo amenazas de borrar lo hecho pues el matrimonio no se hallaba consumado, fulminaron anatemas contra la impaciente concupiscencia que tanto desdecía la honestidad quijotesca; fue ponderada la ejemplaridad que a cien leguas a la redonda y a tiempos venideros daría Quijano el bueno si esa noche, a solas, entregábase a la oración y penitencia como su devota mujer. —“Mayores pruebas de ánimo heroicamente cristiano tiene dadas a la posteridad vuesa merced”—prorrumpió con zalama el bachiller.

Quijano el bueno se batió en retirada. Dentro de su colete, Sancho persistía en dolerse: —“Bien dicen que dice el cura que Cervantes dijo”...



—En esto veo la grandeza de mi locura: en haber hecho a Dulcinea de tan vulgar barro, colmándola de delicadezas.

En pocos días el ánimo del recién casado fue llenándose de resabios y resentimientos, como cielo de invierno en tarde tempestuosa o río de verano cuya creciente rejunta y arrastra leguas de inmundicias. El ánimo y el cuerpo, los desabrimientos auestas.

—¿Esta es por la que di tantas fieras batallas, obligando a tuertos y ciegos a que confesaran su belleza, y ahora no puedo dar contra ella, la peor enemiga de Dulcinea?

Sensaciones a recuerdos, impresiones a desengaños acumulaban lastre. Como en sueños iba recordando la ilusionada fábrica de Dulcinea, comparándola paso a paso con el descubrimiento de Aldonza Lorenzo, antes del tacto, en el tacto y después del tacto. Su llegada entre parientes, aparentemente ver-

gonzosa, sumisa, con diabólicos destellos en las pupilas, el reto en la inercia y el mutismo, la falta de ternura de una vez a solas, la falta de ternura, de iniciativa; el contemplarla mustia, derrumbada en una silla, la más vulgar postura, las piernas abiertas, los pies en decúbito, infamante imagen de la dejadez, aire de víctima indefensa, de oveja vendida, que no puede rebelarse contra el postor, ni gritar, ni revolverse; piedra insensible a las palabras cariñosas, hostil al esbozado ademán de caricias, a las torpezas del esposo virgen, al contenido ímpetu del caballero andante, al frágil desbordamiento del idealista; persistente dureza del alma en contraste con la fofa blandura de la carne, imaginada resistente; ríspida la imaginada voz meliflua, traída como instrumento de rechazo; áspero el cutis, torvo el mirar defensivo, rudo el modo de no dejarse llegar, tocar, de parecer no escuchar, no entender, disgustarse por estar allí, tensa, sorda, interminable situación sin principio ni fin.

—¿Es éste aquel espejo de toda perfección, cuyo desconocimiento era injuria para mí, e incentivo de ira?

Sobremenera le dolía que las consideraciones de vencer con paciencia y prudencia le quitaran arrestos para obrar conforme a los impulsos de su sangre y enojo. Desconocía en sí al varón belicoso, poco antes incapaz de soportar sombra de afrenta u oposición.

—¿Es verdaderamente prudencia o efecto de la enfermedad que me ha debilitado en cuerpo y alma? Si me hubiera impuesto desde el primer momento. Ahora es más cuesta arriba, cada día, cada vez más.

La mano en alto, lleno de violencia, quedaba paralizada en el instante de pegar o estrujar. La boca espumosa no conseguía estallar en voces de impropio.

Del reto de miradas, mutismos e inercias, la recién casada pasó al de rezongos; de la no resistencia desquiciante, a la franca resistencia exacerbante de palabras y obras. Vulgares, malas palabras. Vulgares, mezquinos actos.

—En ella toda vulgaridad tiene su asiento y todo ruin propósito hace su habitación. Bien dicen los que llaman cárcel al matrimonio, y más con mujer vulgar, en quien se agigantan las mil vulgaridades del vivir diario en intimidad. Aldonza es la vulgaridad misma.

Como al despertar, lo cercaban las imágenes de la vida flameante, detalle a detalle. Al bochorno —sin palabras, sí, sin explicaciones— de la consumación marital —absurdamente difícil, terriblemente vulgar—, había sucedido el rápido, despreocupado roncar de la mujer, a plomo despeñada en el sueño, mientras la desesperación del insomnio se apoderaba del desengañado; ni los ronquidos, con igualarse a los de Sancho, lo sacaban de quicio como la facilidad, tranquilidad y pesadez con que tras la evidencia vergonzosa se había dormido la cónyuge, sin siquiera esperar a que la luz fuese apagada, insensible a la castidad abatida del esposo, a la desolación en que lo sumía sin palabras, ni muda ternura, o comprensión, o siquiera compadecimiento, insensiblemente desplomada como piedra, tendida como tronco; el desolado escarbaba su insomnio, se hacía mala sangre, repasando mallugaduras, heridas; de parte a parte le traspasaba la reciente, cada vez más punzante seguridad —a pesar de su



casta ignorancia—, la maligna evidencia de que Aldonza no había sido sólo víctima de pasado atropello, sino también partícipe del placer animal, según lo delataron en el acto los ojos, los procedimientos, las reacciones del cuerpo, el estertor y estremecimiento lascivos; a pesar de su inexperiencia, el insomne iba descubriendo rasgos impúdicos, huellas perversas, certidumbres afrentosas, vulgaridades nuevas; prorrumpió en gran mugido, alzó el puño, el pie, para despertar, castigar, vejar a la dormida; impulso más poderoso lo contuvo, lo hizo dirigir contra sí mismo las manos empuñadas, golpearse, mesarse, iracundo contra su propia debilidad para dar sobre la enajenada por el sueño, sobre sus ronquidos insoportables. La del alba sería cuando el marido salió de la alcoba, paseó su desesperación bajo las estrellas, condujo al corral su soledad en busca del fiel Rocinante, a quien hizo confidente. —Ve no más por qué cosa anduvimos buscando pleito e inventando enemigos —fue diciendo con voz quebrada, pasando la mano sobre los magros contornos del jamelgo. Ya el sol en las bardas, el marido volvió a la alcoba; sin haber cambiado de postura, la mujer seguía roncando. —Por lo menos la creí madrugadora.



El mismo día, las esperadas dificultades con Antonia y el ama. Su hostil, recepción a la “destripaterrones”, como dieron en llamarla, sin recato cual ninguno. Su cerrada impertinencia. Su obcecación en irrumpir, en interrumpir el primer encuentro a solas de los recién casados. La necia insistencia de malas caras, dengues, rezongos, ausencias, indirectas directísimas. La cara de burlas a la mañana siguiente de la noche nupcial. Su huelga en la cocina y en los menesteres domésticos, haciendo el vacío a la intrusa, rehuyéndola con insolencia.

Como antes no se animó a prevenirlas acerca del nuevo trato que regiría con la presencia de la señora, ni menos a demandarles ponderación, temeroso de agravar la crisis, ahora el buen Alonso no les fue a la mano en sus desacatos, por miedo a precipitar explosiones mayores, como por la turbación que lo enajenaba.

Primero con aparente pasividad, pero con ojos de basilisco, la Lorenzo afrontó los estafermos de sobrina y ama; pronto, la mañana misma de iniciar faenas caseras, comenzó la contraofensiva de groserías, que de gestos, pullas y malas razones hasta llegar a vías de hecho, convertiría la casa en manicomio e infierno de histerismo.

Un día bastó para que desapareciera la buena traza con que la novia se había presentado a la boda y había venido al domicilio conyugal: no nada del otro mundo; pero dentro de su condición aldeana, limpio el rostro, peinados los cabellos, cuidada la ropa, puestas las medias, el calzado en estreno, discretos los adornos y colores. Bien que Quijano se pagara poco de galas externas, lo descontentó la mudanza, por donde vino a descubrir que Aldonza era sucia, descuidada, y que lo era por indolencia y falta de buenos hábitos.

Tras éste, se sucedieron otros descubrimientos: tampoco tenía gusto por cocinar, y era reducido, rudimentario lo que sabía disponer: puchero simple, carne asada, fritangas a lo que saliere,

legumbres en sancocho, sin importarle que la comida resultara desabrida o salada, cruda o quemada, ni si al servirla estaba fría o insoportablemente caliente; probaba en el cucharón o metiendo los dedos en las viandas; llenaba sin pulcritud las vasijas y las ponía en la mesa sin cuidar de que no mancharan al hacerlas rebosar o por movimientos bruscos; no le pasaba por la cabeza que hubiera variedad culinaria o que fuese agradable, si no el adorno, por lo menos la limpieza en los menesteres del yantar; parecía igualar a todos en su carencia personal de asco; semanas transcurrían sin que cambiara manteles, toallas, ropa de cama; la muda de ropa interior era semanal no por gusto ni necesidad, sino por costumbre, como la de bañarse por San Juan y el Sábado de Gloria, o la de peinarse los domingos y fiestas de guardar. Carecía de conversación; pero le fluían las palabras para el chisme y el pleito, sin poder para callarla, convertida en basilisco. Antojadiza, groseramente golosa. Le gustaban faenas rudas de hombres: amansar potros, levantar pesos, partir leña, cargar fardos, conducir yuntas, podar árboles, ordeñar, aparejar acémilas, escardar, cosechar, aventar el trigo, trasquilar ovejas, dar vueltas al molino de piedra, sacar agua del pozo, tirar piedras a los pájaros en sementeras y huertas. Forzada, infatigable. Zafia. Cicatera en compras y pagos. Astuta en sus conveniencias elementales, marrullera.

Ama y sobrina ponían el grito en el cielo ante cada nueva alteración del orden; como el amo se contentaba con encoger los hombros, alzar las cejas y cerrar los párpados, sacudir las manos en puño, pasear a zancadas, ama y sobrina apelaban a los vecinos y transeúntes, contaban en la calle y en la plaza, de puerta en puerta, los desacatos de la *fulana*. Poco hacía falta, pues la pícaro curiosidad había puesto cerco a la casa desde la llegada de Aldonza.

Lo que comenzó siendo fuente de chistes acabó por atizar los antiguos rencores del pueblo contra los vecinos del Toboso. Se generalizaron los desaires a la Lorenzo; los chicos le sacaban la lengua y le gritaban majaderías; las mujeres le negaban el saludo y cuchicheaban secretos a su paso; los hombres, los viejos la miraban con burla desdeñosa o con salacidad.

La mujer se quejó con su marido y le anunció que si por cobardía la desamparaba, ella sabría escarmentar a quienes la hostilizaran, comenzando con el ama y la sobrina; que si era necesario llamaría en su auxilio a sus parientes y vecinos del Toboso, cuya ojeriza estaba pidiendo cualquier ocasión de gresca.

Quijano al fin estalla, vocífera. Eso sí no: ni cobarde, ni mal caballero, y menos aún que su mujer, con todo, sí, su mujer, lo diga; pudo tolerárselo a la sobrina y al ama, trastornadas por celos; pudo tolerárselo a sí mismo, las veces que dudó si era cobardía o prudencia, por evitar mayores males, por sobrellevar el noviciado matrimonial; pero a Dulcinea, no, mal que se haya convertido en labradora zafia, mal que haya resultado falsa doncella. Comoquiera que sea, su mujer es: no permitirá que nadie le falte, no se lo permitirá ni a Antonia ni al ama.

—Si es ella la que a sí misma se falta, la que no se respeta ni se da a respetar —más que réplica de ama y sobrina lo es del propio marido a solas con su conciencia.

—Ni los Lorenzo, ni nadie del Toboso tienen que intervenir



en asuntos que sólo a mí me incumben y en los que pondré remedio; les pesará si se atreven a entrometerse; tendrán que sentir quién soy.

Ante todo es caballero. A tuertas o a derechas defiende a su mujer, le concede la razón frente a los demás, aunque íntimamente se la niegue y lo hagan sufrir las trastadas de Aldonza, cada día más insolente.



Desde los primeros desencantos, desde la turbia noche de bodas, en la postración sucesiva de tropiezos, desconciertos y derrotas conyugales, flotó el ideal de convertir a Aldonza en Dulcinea, convicto esta vez de la ominosa realidad.

La paciencia indispensable al fin era lo que todos —Aldonza, Cervantes mismo— tenían por cobardía; lo que al propio Quijano —en momentos de abatimiento— parecía recaer en locura.

Domesticar la fuerza cerril, dar con la veta de la bonanza, que a ninguna criatura falta, bien que la escoria oculte la elemental aptitud de nobleza humana; el ángel soterrado en la bestia.

Persistencia del ideal o la locura, mas ahora sobre aviso: el evidente, continuo testimonio de la miseria marital; el desvanecimiento fulminante de las ilusiones amorosas; el choque brutal, repetido, sostenido, agravado, cultivado en las espesas nimiedades de la convivencia, las contrariedades y destemplanzas, la invasión del desorden, el polvo, la suciedad material y moral, el escándalo perpetuo. Varón de ideales o loco reincidente ante la certidumbre de habérselas con vil naturaleza, hembra obcecada, filosa, intocable. (Don Miguel de Cervantes lo repetía: —“La nueva locura es peor que la primera.”) Idealista o demente —todo uno y lo mismo—, alquimista inicualemente vejado al rostro por los lodos desbordados en los que pretendía infundir luz.

No lo ilusionaba el apetito de felicidad, ni el orden hogareño, ni la jactancia varonil de dominio, ni el disfrute o siquiera la muda contemplación de la belleza; ni esperaba el agradecimiento de la villana transformada en señora; quería sólo cumplir una misión a la que de lo alto se le había llamado por misterioso vericuetto de concupiscencias: el conferir a Aldonza su dignidad personal con el diseño de Dulcinea.

Ni a Sancho confió la aventura. Ni la entenderían, sino la estorbarían. Resueltamente solo echóse a cuestras la tarea de buenas palabras y ejemplos, de lecturas y comedimientos con que imaginaba labrar la imagen y semejanza de Dulcinea en la naturaleza de Aldonza, entre rezongos, voces destempladas y riñas.

No lo desalentaban desatenciones, impertinentes interrupciones, bostezos ni que la boba se quedara dormida en la conversación o la lectura; ni lo impacientaban la rebeldía de los hábitos, la persistencia ni la recaída en modales y omisiones contra los que particularmente se dirigía el esfuerzo educativo.

El desorden, el polvo, la incuria material y moral seguían devorando a la casa. La devoraban los pleitos insufribles de las féminas, que habían llegado a las manos. Antonia y el ama gritaban su resolución de marcharse de aquel muladar en que la cochina había convertido la casa, donde todo antes era orden y limpieza.

En el estruendo del escándalo, cuando parecía que se derrumbaba todo, llegó la tentación de fingirse loco y marcharse. La resistió.

Resistió la muda invitación en los ojillos punzantes de Sancho, que amagaban desde la boda, inútilmente, las confidencias y quejas del amo, entre curiosos y compadecidos; parecían decirle otra vez: —“La mayor locura es dejarse morir sin más ni más a manos de la melancolía o de la desesperación; vámonos al campo, quizá tras de alguna mata hallaremos otra Dulcinea de veras.” Y el idealista le contestaba dentro del corazón: —“No, ya no saldré fuera: lo que busco está en mí o en parte alguna: ni me daré por derrotado en la noble misión de convertir a Aldonza en Dulcinea.” Sancho acaso gruñiría: —“Esta demencia sí que no hay quien se la cure.”

Vencida la nueva tentación, redobló esfuerzos para proseguir la difícil aventura. Se le impuso en la conciencia, después de atormentada lucha interior, la necesidad de sacrificar al ama y a la sobrina, a las que puso casa aparte. Su salida pareció el día del juicio. El pueblo entero tomó parte y denostó al que de ingrato no bajaban y cuya estupidez ensalzaban. Inútil sacrificio. Inútil soledad la que siguió en la casona y en el alma del hidalgo.

Aldonza se envalentonó; exigió que Sancho fuese también despedido y que los Lorenzo y sus amigos tuvieran libre acceso en la heredad.

—Bien, mujer, bien; pero en cambio has de prestar atención a esta lectura y reflexionar en ella.

El caballero había dado con *La perfecta casada* y tenía fe de que su doctrina iniciaría la esperada transformación. Recordaba unas palabras que Sancho le dijo alguna vez: “Las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen a dar buenos frutos”, y si esto lo refería el buen hombre a la conversación de Quijano, ¿qué no habrían de obrar las irrefutables razones de Fray Luis, comunicadas en tan buenas palabras? Pero éstas entraban por una oreja de Aldonza y le salían por la otra. Persistía el hidalgo leyendo en voz alta, repitiendo pasajes que sobre adecuados al caso le parecían de sublime estilo. Enfadábase la mujer, se iba dejándolo con las palabras en la boca o se quedaba sin más dormida como piedra.

—Estoy harta de sermones y regañadas. Ultimadamente, si no te cuadra como soy, lárgate y déjame en paz. Yo ni nunca quería casarme con un maniático loco, y eso que no conocía tus historias que han venido contándose vecinos compadecidos; y ora vienes saliéndome con la demencia de convertir en reina a una pobre, pero honrada destripaterrones. Lárgate mucho a la vida airada con tu Sancho, y déjame respirar a mis anchas.

Llegaron los parientes de la mujer; ésta dio de gritos afirmando que había sido golpeada por el viejo, sobre el cual dieron aquéllos a palos, expulsándolo de la casa.

No podía dar crédito el tundido al suceso, ni menos imaginaba que la expulsión sería definitiva e inapelable. En el aturdimiento moral de la paliza, discurrió acudir a don Miguel de Cervantes para tratarle no el agravio padecido, sino la conversión de Aldonza en Dulcinea, que sólo el buen vecino podría obrar, según de pronto se le ocurrió al cuitado.

Juan José  
Arreola

## Compañeros estudiantes :

Nuestro Taller de Literatura debe ser una especie de club en el sentido moderno de la palabra, y una *academia* en la acepción más antigua del término. Una academia donde se viva, donde se "conviva" la cultura, donde el pensamiento que trata de transmitir la emoción artística vuelva a ser actual, simultáneo cuando menos, a la palabra que lo expresa.

El Taller será ante todo un lugar de esparcimiento, y la literatura no asumirá aquí ese aspecto grave de cosa imponente, ajena y monumental, por la sencilla razón de que vamos a ocuparnos de nuestra propia obra, es decir, de la que todos ustedes se proponen realizar. Yo les ofrezco la ocasión de adoptar, de un modo jovial, libre y gratuito, los juicios y las conclusiones que los textos de ustedes me sugieran. Sé que a nadie se le puede enseñar a escribir artísticamente, así como nadie puede ser violinista si no lo es desde antes de tener un violín entre las manos. Pero alego la convicción, diariamente renovada por la





FOTOGRAFÍAS  
DE HECTOR GARCÍA

experiencia, de que a un escritor siempre se le puede abreviar el camino hacia sí mismo, hacia su técnica y su propio estilo, si se le ayuda a distinguir entre el acierto y el error, entre el lenguaje vivo y las palabras muertas. Si aquí no va a haber enseñanza, les prometo lealmente que habrá por lo menos, aprendizaje.

Aprender es ahora sinónimo de la aceptación pasiva de los repertorios más o menos extensos de las ciencias, las técnicas y las artes. De tal pasividad sólo se apartan unos cuantos espíritus que quieren aclararse a sí mismos el porqué de las cosas, y aplazan la adopción de las fórmulas hasta que las han comprendido y hecho suyas verdaderamente. Pero la mayoría de los estudiantes se dan por satisfechos, para tranquilidad de los profesores, con la aceptación rutinaria de las normas, los procedimientos y los juicios consagrados.

Si el aprendizaje ritual no es admisible ni siquiera para las ciencias y las técnicas, la literatura nos ofrece la oportunidad de ensayar un procedimiento nuevo y antiquísimo, que tal vez pueda influir en los métodos generales de la transmisión del saber. Me refiero a la restauración, a la reanudación del diálogo verdadero entre el que trata de aprender y el que se propone alentar esa voluntad de conocimiento. Aquí es inevitable recordar al maestro callejero, ilustre por su vida y por su muerte, que hacía crecer sus pensamientos

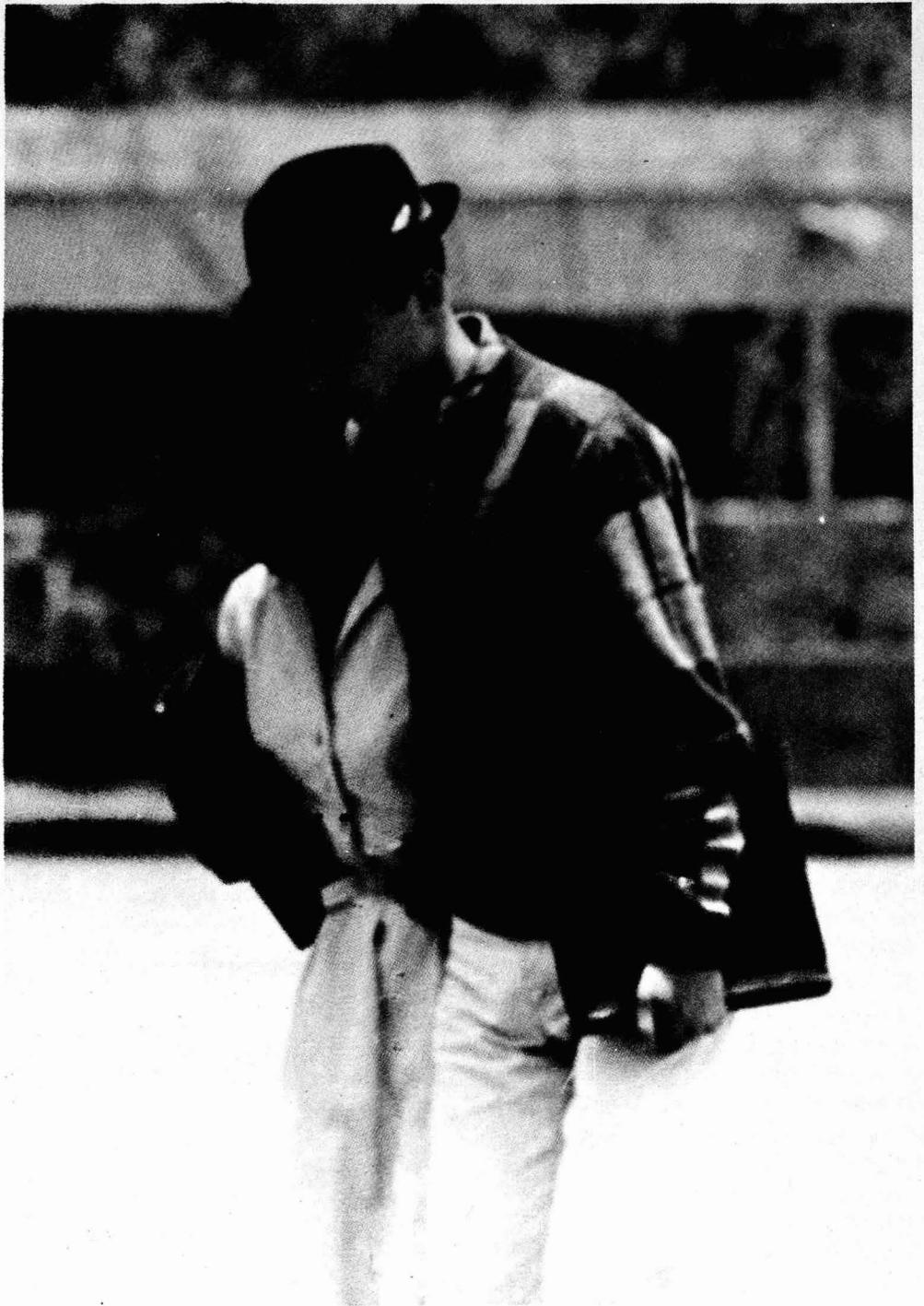




en las mentes ajenas, mediante las provocaciones de una dialéctica sutil. En vez de implantar autoritariamente un conocimiento, le gustaba verlo surgir en su interlocutor, casi espontáneamente, porque él mismo no estaba seguro de la bondad de la semilla que había dejado caer en el surco, sino cuando la veía florecer en bellos y ajenos pensamientos. . .

Yo vengo pues aquí a dialogar con ustedes, pero no en plan de maestro, sino de hombre interesado en los problemas de la creación literaria, en lo que todavía hay de misterioso en la ordenación dinámica de las palabras, y en el trance espiritual que hace posible lo imposible: transmitir una experiencia interna.

Como al examinar las obras escritas en prosa o en verso por ustedes, tendremos que referirnos constantemente a ejemplos más o menos egregios, más o menos del pasado o del presente, esto es, a las llamadas obras maestras de la literatura, yo proclamo aquí la abolición del pensamiento





dogmático que las deshumaniza y las convierte en ídolos. Aunque las creaciones del espíritu estén ya hechas y sean previas a nosotros, no debemos verlas bajo ese aspecto impresionante y duro, casi fatal, de las cosas consumadas en que ya no podemos intervenir, sino como criaturas vivas que están "siendo" y haciéndose en nosotros, que buscan nuestra materia para abandonar, siquiera sea transitoriamente, su condición de sueños. La verdadera cultura consiste en actualizar el pasado, haciendo de sus elementos vigentes una vivencia personal. Más que transmitir el respeto por los valores artísticos consagrados, debemos compartir el "sentimiento" que de esos valores se desprende. Para facilitarnos la verdadera apropiación de los bienes del espíritu, debemos sentir ante todo que cada adquisición es un acto libre del que aprende y no algo que le es impuesto desde fuera. Cada uno, desde el momento en que sea capaz, debe revisar el valor consagrado y refrendarlo o abolirlo dentro de sí mismo en un gesto supremo de libertad. El campo de la literatura y del arte es tan extenso, que siempre habrá la ocasión de hacer afortunadas elecciones, valiosas y al mismo tiempo legítimas. Los dones de la cultura nos pertenecen, constituyen una herencia cuya grandeza depende de nuestra capacidad para recibirla. Y esta capacidad vamos a desarrollarla humilde pero continuamente. Y veremos cómo nuestro espíritu

crece a medida que le ponemos cosas dentro. Y el pensamiento ajeno continúa y revive en una dirección determinada, de acuerdo con la personalidad que la actualiza. Más que un departamento nuestra intención es crear una serie de grupos como éste, en que se lea, se discuta y se estudie un texto para ejercitarnos en el uso de la palabra escrita, y oral. El lenguaje, medio de comunicación por excelencia, hará que los estudiantes no sigan confinados en sus islotes de especialistas, aunque no se inclinen por naturaleza al ejercicio o al goce de las letras y las artes. Los que siguen carreras eminentemente científicas o técnicas, verán aumentada su capacidad de realización personal, si comunican con eficacia sus conocimientos y sus experiencias mediante el empleo afortunado del lenguaje. Tal vez con estos principios modestos, podremos contribuir a la creación de un nuevo humanismo. En nuestra Universidad, son muchas y muy importantes las carreras que se ofrecen a la aspiración de los jóvenes. Yo me atrevo a sugerir esta minucia que suena a enormidad: agreguemos al catálogo académico un curso elemental: la carrera de hombre, en el sentido cabal de la palabra. Dura toda la vida, pero podemos empezar a ejercerla en este momento. Iniciemos nuestro diálogo. ¿Quién de entre ustedes quiere hacer uso de la palabra?



# EL DRAMA DE VIETNAM

## En París, un bonzo ayuna por la paz

por Gilles Lapouge

No sólo por razones humanitarias, y por la necesaria defensa de los principios internacionales de no intervención y autodeterminación de los pueblos, los hombres sanos del mundo condenan la guerra en Vietnam. También por los riesgos generales que supone, las críticas se han dejado oír en toda la tierra.

En primer lugar, está el peligro de la escalada. Las iniciativas norteamericanas en Vietnam ¿representan apenas el preludio de acciones más vastas? ¿China es el objetivo final? Y esta cadena, ¿no conducirá necesariamente a una conflagración generalizada? Que el peligro existe lo demuestra el hecho de que algunas agencias norteamericanas, influyentes en su gobierno, han llegado a la conclusión de que la escalada es la forma necesaria que asumen en nuestro tiempo los conflictos bélicos.

Es claro que el hecho revela un deterioro profundo de las estructuras de poder en los Estados Unidos. Sin embargo, este engranaje parece afectar ya estratos más radicales de la sociedad norteamericana. Con las obligadas consecuencias negativas, en su interior y en el exterior.

Hace poco, Arthur Schlesinger, en el Saturday Evening Post, advertía que "Si la historia se repite —lo que ocurre con frecuencia— la guerra de Vietnam corre el peligro de provocar en los Estados Unidos un fenómeno comparable al macartismo." Schlesinger ilustraba su artículo con una serie de casos concretos, y concluía: "A medida que se intensifica la guerra y domina nuestra vida nacional, vemos aparecer los síntomas acostumbrados: simplificación abusiva de los problemas, intercambio de insultos, menosprecio de los motivos y de la lealtad de los enemigos y degradación del debate... Esos casos, que aún son aislados, pueden multiplicarse a medida que aumente el sentimiento nacional de frustración. Las gentes se negarán a decir lo que piensan, para evitarse problemas. Y, un día, despertaremos en una atmósfera en que sólo faltará McCarthy para que haya un nuevo macartismo."

La guerra de Vietnam, como ha ocurrido con otras guerras colonialistas a ultranza, es un boomerang que podría terminar con la nazificación de las metrópolis. Y ¿cuál es el límite de ese proceso?

Pero la guerra de Vietnam tiene también otro rostro. A veces heroico, otras desesperado, siempre doloroso. El apoyo de la fuerza a los tiranos locales, invariablemente da lugar a estos actos. Nos referimos a esa lucha, mitad religiosa y mitad política, enigmática para los occidentales, que llevan a cabo los bonzos de Vietnam, muriendo abrazados por el fuego.

¿Cuáles son los motivos y los fines de tan tremenda decisión? ¿En qué principios de la moral objetiva y subjetiva se apoyan esas experiencias? ¿Por qué esa batalla, en que la muerte es apenas un accidente, contra el general Cao Ky? A través de una plática con un budista vietnamita, el periodista Gilles Lapouge, en el Figaro Littéraire, [16-VI-66] contribuye a recorrer ese velo, impenetrable para nuestra mentalidad de cartesianos.

La calle Galvani, escondida en algún lugar cerca de la Puerta de Champerret, es silenciosa. Sin embargo, el domingo pasado, cuando dormía la ciudad por el calor del mediodía, la calle Galvani se convirtió en escenario de extraños movimientos: llegaron varios automóviles transportando un buen número de policías. Grupos de paseantes se agolparon frente a una reja de fierro. A través de sus barrotes se podía ver, en el centro de un pequeño patio, un altar cubierto de sedas de vivos colores. Una estatua de Buda, en su pedestal de oro, desaparecía tras la profusión de flores recién cortadas. De algunos quemadores de incienso se desprendían delgadas columnas de humo azul.

Frente a Buda, sobre un sillón, un hombre se replegaba sobre sí mismo. Su cráneo estaba rasurado. El venerable Quang Thiep, enfundado en una larga túnica azafrán, cumplía su décima jornada del ayuno que se había impuesto para protestar por la ayuda de los norteamericanos al gobierno sudvietnamita del general Ky. A la izquierda del altar algunas mujeres vestidas con trajes de seda, se arrodillaban sobre un tapete multicolor. Otro bonzo cruzó el patio y se colocó al lado del primero. Se trata del venerable Thien Chau, venido de Londres para asistir a las fiestas del Vesaks, en que se conmemora el nacimiento de Buda. (Hace 2122 años nació en la región del Ganges un hijo de la reina Maya. El día de su nacimiento cayó del cielo una lluvia de flores. Así comenzó la existencia de aquel que se nombraría el Perfecto o el Digno.)

Los dos bonzos se arrodillaron ante el modesto altar de la calle Galvani. Un niño hizo sonar una pesada campana de bronce suspendida de un árbol. En esos momentos comenzarían las plegarias por la paz en Vietnam. El venerable Quang Thiep leía los textos y los fieles le respondían en un tono de voz un poco ronco. Una vez terminados los rezos, el bonzo se puso de pie y dio algunos pasos vacilantes, como si fuera un sonámbulo. Su rostro denotaba un profundo agotamiento. El otro bonzo se acercó a él y le pidió interrumpir su huelga de hambre. El venerable Quang Thiep sonrió. Es verdad que estaba muy débil, pero respetaría su promesa: continuaría su ayuno durante veintidós días. Los dos bonzos se miraron: ambos estaban muy delgados, eran pequeños y aparentemente muy jóvenes. Las mujeres lloraban. Algunas extendían vagamente las manos hacia el venerable Quan Thiep. Este cerró los ojos: las mujeres se acercaron para sostenerlo en el momento en que perdió el conocimiento. De inmediato sería transportado a un hospital. Los cirios continuaban ardiendo sobre el altar, entre las flores, y el humo azul del incienso seguía elevándose en el aire de la noche.

El mismo día, en Hué, otro bonzo, el más respetado de todos, el venerable Tri Quang, continuaba su huelga de hambre. También el mismo día, en Saigón, las milicias negras del general Ky



desfilaban empuñando cartelones belicosos, a la cabeza de un inmenso cortejo de católicos. Los budistas se han levantado desde hace meses contra este furor belicista. Hoy, ha llegado a su paroxismo el enfrentamiento entre Ky y los bonzos; todos conocen las imágenes trágicas a que ha dado lugar. Yo le he preguntado al secretario general de la asociación de budistas de ultramar, Vo Van Ai, las razones de ese combate y sus oportunidades futuras.

Vo Van Ai es un hombre pequeño, con grandes ojos vivos y una palabra clara, rápida y precisa. Se arrodilla frente a mí sobre un tapete y espera con calma mis preguntas. Me explica la estructura de su asociación, que tiene por objeto reunir a los budistas vietnamitas residentes en ocho países de ultramar, entre ellos Francia. Esos hombres y mujeres están gravemente privados de toda ayuda espiritual. En Francia, por ejemplo, únicamente hay dos bonzos, de los cuales uno es muy anciano y está en París por razones de salud, siendo insignificante su actividad. Es verdad que sería urgente enviar a otros bonzos a París, pero ahora todos los budistas están ocupados por la lucha en Saigón.

—Se acusa a los budistas de intervenir en cuestiones políticas, pero entonces, ¿por qué jamás hemos formado un partido político? La acción política es la ciencia del poder, y nosotros en ningún momento hemos pretendido tomar el poder. Nuestra misión es muy diferente. Lo que deseamos es ayudar al pueblo a tomar una conciencia política.

—Algunos pretenden que el budismo no está implantado en Vietnam tan sólidamente como se afirma. En el pueblo, el animismo, el culto a los antepasados, el confucionismo, el taoísmo, para no hablar de sectas como el caodismo, tendrían más eco que el budismo.

—En su masa profunda, el pueblo vietnamita es budista. Considere usted las tradiciones, que forman el alma de un pueblo. Ellas están enteramente impregnadas de budismo. Nuestra manera de pensar se deriva de las doctrinas de Buda. Espontáneamente el pueblo se expresa en términos budistas.

—Tal vez ésta no sea sino una impresión cultural. Observe un país como Francia. Hasta los agnósticos piensan según categorías cristianas y no por eso son católicos.

—Es verdad, pero el caso de Vietnam es distinto. En el remoto pasado la penetración del budismo fue total: en el siglo XIII inclusive la administración estuvo en manos de los bonzos. Después se difundieron otros cultos; las misiones católicas tuvieron una gran influencia. Al mismo tiempo el budismo se desintegró hasta el punto de sólo representar una colección de supersticiones. Sin embargo, a partir de 1930 asistimos a su renacimiento espiritual. Algunos bonzos decidieron renovar el budismo y conferirle su fervor y fuerza originales. A partir de entonces el budismo está en plena expansión y renovación. Por lo demás, esto

está demostrado por el vigor con que ha luchado, primero contra Diem, y ahora contra Ky.

Vo Van Ai habla con una voz calmada y sin inflexiones. A veces sonríe brevemente: es la única expresión que aparece en su rostro. Contesta simplemente, con una paciencia infinita, a todas mis preguntas. Me parece que podría quedarse ahí días y días sin dar señales de cansancio. Le digo que ciertos occidentales comprenden mal la lucha actual del budismo. ¿El budismo no está orientado más bien hacia el retiro y la sabiduría que hacia la acción? Por otro lado, el budismo parece considerar que la vida en sí es mala. En estas condiciones, ¿cómo matizar e introducir jerarquías en el mal? ¿Cómo pronunciarse contra tal o cual forma de maldad, si la vida, en su esencia, es el mal? En todo caso, así pueden interpretarse ciertas palabras de Buda, por ejemplo la advertencia que le hacía a su discípulo Ananda: "No te desesperes, Ananda. La vida es una larga agonía, sólo es dolor. El niño tiene razón de llorar cuando nace. Ésta es la primera verdad".

Vo Van Ai me ha dejado hablar largamente.

—Sé bien que algunos occidentales conciben de esa manera la doctrina de Buda y reconozco que el budismo es difícil de interpretar. Pero quisiera aclarar que el budismo no es una doctrina pesimista. En los cánones budistas no hay una sola palabra que sea categóricamente pesimista. Es verdad que Buda consideraba que la vida es sufrimiento, pero precisamente él se proponía luchar contra ese sufrimiento.

"A veces se piensa que el budismo es una doctrina de la Nada que sostiene el renunciamento a la vida. ¡Qué error! El budismo invita a alejarse de la vida, pero no a renunciar a ella. La vida de Buda es el mejor testimonio de lo que digo. El no es indiferente hacia la vida, juega con los niños e intenta salvar a los hombres. Está "comprometido". Las enseñanzas de Buda están orientadas hacia la práctica. Si desea, puedo contarle una historia, que demuestra que el budismo es más atento a las condiciones reales de la existencia que al sentido literal de la doctrina.

"Es un relato de la escuela Zen. Dos bonzos van en una peregrinación; al regreso encuentran un río y una mujer que no puede cruzarlo. Usted sabe que Buda prohíbe todo contacto entre los bonzos y las mujeres. Sin embargo, uno de los bonzos ayuda a la dama a cruzar el río. El otro bonzo está colérico. Cierra los dientes y no despega la boca hasta llegar a la pagoda. Ahí, por fin, estalla en reproches contra el otro bonzo: 'Hermano, nuestros preceptos prohíben tocar a las mujeres. Has hecho mal'. El bonzo responde: 'Hermano, yo solamente ayudé a la mujer a cruzar el río; en cambio, ella ha vivido en tu corazón desde el río hasta la pagoda'.

Vo Van Ai precisa todavía. Si bien el budismo, gracias a su





elasticidad, no es fácil que sufra divisiones y herejías, como ocurre en otras religiones, es necesario distinguir entre un gran número de interpretaciones de la palabra de Buda. Es posible señalar sobre todo dos grandes tendencias: el Hinayana o Pequeño Vehículo (en los países meridionales como Ceilán, Camboya o Laos) y el Mahayana o Gran Vehículo, en los países septentrionales (el Tibet, China o Japón) una serie de matices muy sutiles diferencian las dos tendencias. La primera es estrictamente fiel a la letra del budismo primitivo, mientras que la segunda, la del Gran Vehículo, es más libre en su interpretación. Por ejemplo, el Gran Vehículo admite la existencia de Bodhisattvas, es decir de hombres que han alcanzado el estado de Buda pero que vuelven a la vida para ayudar a los otros hombres. Podemos ver en esto las raíces de la lucha que libra el budismo actual.

Pero hay otra pregunta. El budismo es una doctrina de la no violencia. Prohíbe a los bonzos consumir carne de cualquier animal que haya sido muerto. Sin embargo, en el sur de la India los monjes pueden comer pescado, pero gracias a un subterfugio: el pescado, al precipitarse sobre la carnada, ha dado pruebas él mismo de una glotonería poco edificante. Aparte de esta excepción, el budismo es claro sobre el particular: el primero de sus preceptos ordena el respeto absoluto de la vida de los demás.

—Me parece que la no violencia se lleva demasiado lejos. Hay inclusive un budista que ha dicho: “Si encuentras un escorpión, trata de alejarte, y si no lo logras, evita matarlo y déjate picar por el escorpión.” ¿Esta idea no le parece en contradicción con la conducta budista en Vietnam?

—Los bonzos no practican la violencia, responde Vo Van Ai. Por el contrario, aplican una forma original de combate porque ellos mismos son las víctimas de su acción, ¡la muerte quemados o la huelga de hambre ilimitada! Es verdad que, como respuesta, el pueblo termina por rebelarse violentamente contra quienes obligan a los bonzos a llegar a tales extremos. Pero los budistas no tienen el poder de impedir esa reacción.

Podemos también decir que el ejemplo del escorpión es corregido por otro ejemplo, el de la serpiente. Esta es una de las características del budismo, cuya doctrina es elástica, misteriosa, fluida, tanto que generalmente circulan versiones distintas sobre su contenido. Tales incertidumbres, silencios y contradicciones ofenden a la inteligencia cartesiana, pero es necesario hacer un esfuerzo para comprenderlos. He aquí el ejemplo de la serpiente: “La serpiente, que era mala y picaba a todo el mundo, fue convertida al budismo por un justo. Desde ese día la cobra se hizo una serpiente ejemplar. Una verdadera santa. No solamente ya no mordía a nadie, sino que soportaba todas las ofensas que le hacían los muchachos del pueblo en que vivía. La gol-

peaban, le jalaban la cola, etc., hasta que la cobra adelgazó de tal manera que parecía un clavo y enfermó. El justo, por aquellos días, regresó a la región y visitó a la cobra. La serpiente le confesó su felicidad por haberse convertido al budismo, pero el justo no encontró que tuviera un buen aspecto. La cobra le confió sus desgracias, a lo que el justo respondió:

—Oh cobra, no hay nada más insensato que permanecer pasivo y dejarte golpear y maltratar por los niños. No se trata de morderlos, pero debes intimidar a quienes quieren matarte. Debes defenderte del mal, sin responder al mal con el mal, sin devolver la ira por la ira.”

Después interrogué a Vo Van Ai sobre el hecho que sorprende más a los occidentales en el combate que libran los budistas contra el general Ky: el suicidio de los bonzos incendiándose.

—Sé bien, afirma Vo Van Ai, que tales suicidios parecen atroces e injustificados para muchos. Pero no debe hablarse de suicidios. Los venerables que se sacrifican eligen quemarse vivos y esa determinación está fundada en una vida espiritual de una extraordinaria riqueza. No podemos juzgar un acto tan rico y complejo como éste. Se trata de un sacrificio, de una recuperación, como Jesús se sacrificó por los hombres. Y, además, la noción misma de la muerte es misteriosa. Para los occidentales existe la muerte y la vida, oponiéndose y excluyéndose mutuamente. En cambio, nosotros no tenemos la misma noción de la muerte. La vida y la muerte sólo son pequeños instantes en el eterno flujo vital...

—¿El fuego tiene un significado particular en el culto budista?

—En la ceremonia de ordenación de los bonzos, el postulante se mantiene en la posición de loto mientras se coloca sobre su cráneo un carbón incandescente. También hubo casos, en el pasado, en que los bonzos se han quemado un dedo o una mano, como sacrificio. Pero el fuego no es un elemento privilegiado. Así, Buda, en una de sus primeras encarnaciones, se paseaba por un bosque cuando encontró un león hambriento que estaba a punto de devorar a sus propios cachorros. Buda, antes que soportar eso, prefirió ofrecer su cuerpo como alimento para el león. En muchos otros ejemplos encontramos la misma noción de sacrificio, pero el fuego no parece jugar en ellos un papel particular.

Vo Van Ai se interrumpió un instante. Después continuó, con una voz rápida:

—Es verdad, tales cosas son difíciles de comprender. En occidente, algunas imágenes, como la de la joven bonza devorada por las llamas, han parecido intolerables. Se ha visto en esos actos el signo de una resolución atroz, desesperada. Pero después de todo, ¿no deberíamos situar tales hechos en el contexto



vietnamés? ¿Alguna vez pensamos en que mientras se consume un bonzo que se ha prendido fuego, muchos miles de personas, muchos miles de inocentes mueren quemados por el napalm? Todos los días hay infinidad de hombres que mueren en los bombardeos, y esos hombres no han elegido morir.

“A veces se sospecha que los budistas están en combinación con el comunismo. Hasta se ha pretendido que el venerable Tri Quang le hace el juego a los comunistas. Es una mentira. Lo único que deseamos es que desaparezca el belicismo y la guerra desencadenada por el general Ky.

“Nosotros solamente deseamos la paz, lo que estrictamente corresponde a la ortodoxia de las enseñanzas budistas. Buda manifestó una inmensa compasión por el sufrimiento de los hombres. Llegó a decir que el budismo existía porque existía el sufrimiento. El budismo se propone disipar el sufrimiento. Hoy, el sufrimiento del mundo es Vietnam. Debemos hacer todo lo que esté de nuestra parte para terminarlo.

“No tenemos por qué temer al comunismo. El budismo existe desde hace dos mil quinientos años, ¿cómo podría temer al comunismo? Lo que vemos es la degradación del pueblo a fuerza de sufrimientos y desgracias. En el campo, hay muchas personas que dicen: ‘Me duelen los dientes: es por culpa de los norteamericanos’. He aquí el verdadero peligro.

“A fuerza de desesperación, los vietnameses corren el riesgo de caer en todas las trampas de la propaganda comunista. En ese sentido, no somos nosotros quienes hacemos el juego al comunismo, sino los gobernantes actuales, con su fanática política de guerra. Si hay alguna posibilidad de evitar el comunismo, el único camino posible consiste en liquidar al gobierno militar y organizar elecciones libres. El venerable Tri Quang, cuando lleva a cabo una huelga de hambre ilimitada, como ahora, no persigue otros fines. Durante los próximos días y semanas la situación puede agravarse aún más. Si tomamos en cuenta el respeto que el pueblo le profesa al venerable Tri Quang, debemos preguntarnos lo que ocurrirá si sufre una desgracia. En ese caso, los norteamericanos y el gobierno de Saigón, serían eternamente responsables por la tragedia. ¡Y cuántos nuevos sufrimientos para el pueblo de Vietnam!”

El sufrimiento de Vietnam, ¿se debe a otras causas? Aquel domingo en la tarde, después de que se llevaron al venerable Quang Thiep, una joven vietnamesa, de apenas veintiún años, me habló de su país. Y me habló de la miseria, la vergüenza, los lutos y la vuelta incesante del dolor. Después de un momento añadió:

—Pudiera ser que usted me encuentre un poco extraña. Esto me ha ocurrido a veces en París, cuando hablo. Sin duda tienen razón. Sabe usted, cuando nací ya mi país estaba en guerra.

# U

## artes plásticas

### una exposición, tres cuadros

por Jorge  
Alberto Manrique

Un acontecimiento de máxima importancia en México ha sido la exposición presentada en el Museo de Arte Moderno de la ciudad de México durante los meses de julio y agosto. Se trata de la colección Florene May and Samuel Marx (algunos de cuyos cuadros ya han sido donados a museos estadounidenses), que viene gracias a las relaciones establecidas entre el museo huésped y el Museo de Arte Moderno de Nueva York. Está amparada con el título de "Escuela de París" y comprende obras de los más grandes maestros que —a falta de otro término y dada la necesidad clasificatoria— se han agrupado bajo aquella denominación, suficientemente vaga y poco comprometedora para convenir a artistas tan diversos en personalidad, métodos, intenciones y obra.

El bello catálogo no se cansa en insistir, una y otra vez, en el prefacio y en la introducción, sobre la rigurosísima selección que impulsaron a la colección sus formadores. Casi no es necesario hacerlo: sólo catorce artistas la constituyen, algunos entre los más grandes de este siglo,

y todos están representados por obras importantes. Tal vez nunca se hayan visto en la ciudad tantos ni tan magníficos cuadros modernos juntos. Por lo menos el hecho de que no esté revuelto, en la muestra de que hablamos, lo bueno con lo regular y lo mediocre, hacen que el visitante quede con aquella impresión. Otra circunstancia favorable habría que señalar: las obras presentadas no se refieren a un periodo estrechamente limitado, sino que abarcan desde los inicios de las grandes revoluciones artísticas de este siglo (precisamente a principios del siglo) hasta obras relativamente recientes; de donde resulta que el espectador tiene la posibilidad de apreciar diferentes etapas, de comparar, y —en algunos casos— hasta de seguir en cierta medida los pasos más significativos en el proceso de algún artista.

Ante la imposibilidad de referirse a todas las obras, por mucho que de casi todas se antoja hacer un comentario, en esta nota se hablará de aquellas más importantes (o que así nos parecen, por más que reconozcamos que otra selección puede hacerse, y que puede tener razones igualmente válidas para justificarse).

Entre todos los cambios que han dado a la obra de Picasso (el gran histrión del siglo) rostros tan diferentes a lo largo de esa loca e imprevisible carrera que a veces parece llevarlo al reposo de la medida clásica y a veces lo arrebatada en las más violentas convulsiones dionisiacas, tal vez ninguno tenga la gran significación de aquel de 1907. La *Cabeza de mujer* que se presenta en la exposición a que nos referimos, precisamente de ese año, es un trozo de pintura que ilustra inmejorablemente ese momento de la vida artística del español. Cuadro más bien pequeño, despide una inaudita potencia destructora (de todo lo pasado) y simultáneamente creadora (de lo por venir). Se le antoja a uno que a partir de ese momento Picasso se sintió dueño, patrón, amo, de ese mundo suyo al que habría de someter después a las más acabadas y brutales torturas. Aquí Pi-

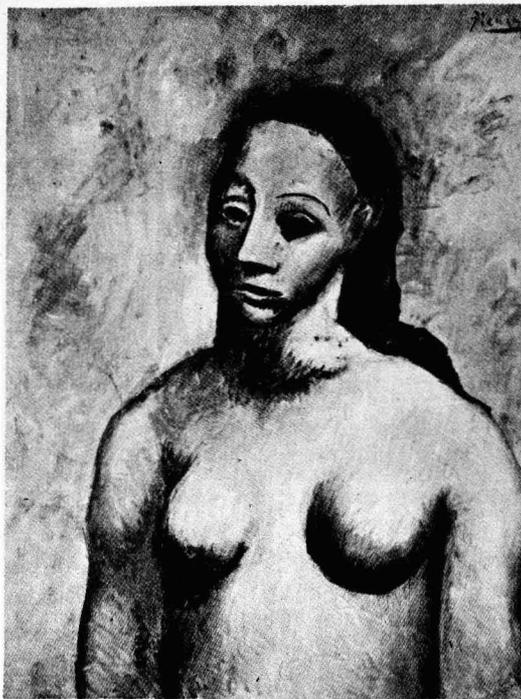
casso ha de dejado la ternura y el refinamiento de sus épocas "rosa" y "azul", y el sentido romántico de cirqueros y arlequines; ha dejado el mundo de sugerencias e ilusiones todavía de adolescencia para meterse en un mundo mucho más real y concreto: y pocos, en nuestro siglo, han cogido el toro por los cuernos como lo ha hecho Picasso, precisamente a partir de aquel momento. Síntomas del gran viraje de entonces —viraje que habría de conmover al mundo artístico entero— había ya habido en su obra, y la exposición del Museo de Arte Moderno nos da algunos buenos ejemplos, como el *Busto de mujer* y la *Mujer peinándose*, ambos de 1906; en ellos se notan ya algunos arañazos de la garra poderosa; pero a pesar de su propia melancólica belleza no hacen sino anunciar lo que vendría a ser el grito estentóreo.

1907 es el año de *Las señoritas de Avignon*, y la relación de la *Cabeza de mujer* con aquella obra maestra es ciertamente muy estrecha. Estudio previo o variación sobre un tema. El parecido con una de las figuras de *Las señoritas* es mucho: la misma brutalidad del trazo, la misma simplificación de los rasgos, la misma libertad en la expresión. Y sin embargo la obra a que nos referimos, sin la necesidad de establecer relaciones y contrapuntos con los otros elementos de una gran composición, parece contener una carga de energía todavía mayor. La violencia de los diversos tonos de verde, algunos quemados hasta la negrura misma, la introducción de tonos deliberadamente muy oscuros o muy claros, la atinada y sorprendente estructura de ese rostro en forma de mango, la pincelada casi caligráfica que utilizó para subrayar el modelado: todo nos hace pensar en la frase apocalíptica: "He aquí que todo lo hago de nuevo", que tan bien puede acomodarse a ese momento de la obra picassiana.

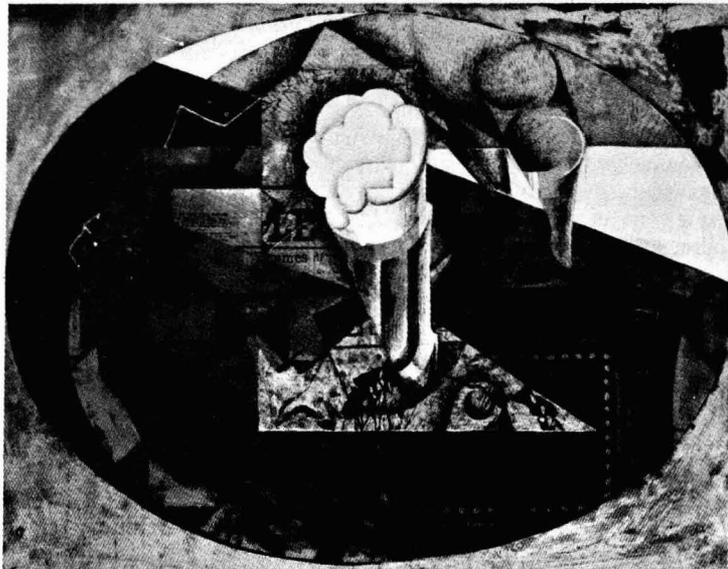
En 1907 Picasso tiene 26 años y ha alcanzado la libertad más absoluta que pueda imaginarse, la que tantos buscaron, han buscado, bus-

can y buscarán a lo largo de toda su vida, sin encontrarla. Y lo que resulta más increíble todavía es que apenas gozaría de ella unos dos años y la abandonaría voluntariamente (pero ¿de veras voluntariamente?) para someterse a la disciplina sin concesiones del cubismo. Tal vez por una intuición —o una conciencia clara— de que así habría de suceder su grito de libertad y de victoria es tan estridente. "Época negra" se le ha llamado a esa de su obra, y el nombre no le viene mal, no tanto —o no sólo— por la relación que pueda tener con la escultura africana que entonces empezaba a ser vista, apreciada, admirada, sino porque la palabra "negro" (a pesar de los vientos que felizmente ahora soplan, y perdóneme san Martin Luther King) no deja de sugerirnos salvajismo, misterio, pasión, magia. En fin: lo primero que puestos contra la pared se nos ocurre decir de una obra semejante es que es una obra salvaje.

La aventura cubista ha quedado como una de las grandes de este siglo, por su continuada influencia en lo que después de él vino, y por las superiores obras que produjo. Se dice que las teorías y las poéticas se hacen para proporcionar un punto de partida al artista, que de ahí arranca y va haciéndose su poética *ad hoc* a medida que realiza la obra, y tal vez eso sea generalmente cierto; pero el cubismo tuvo la rara virtud de haber sido seguido fielmente y con un máximo de ortodoxia por algunos de sus creadores, durante un lapso bastante considerable. Juan Gris tuvo fama de haber sido, entre los ortodoxos competentes del movimiento cubista, quien más ortodoxamente se apegó a las reglas que aquellos artistas voluntariamente se imponían, y si de toda su obra no se conservara más que el "tondo" *Naturaleza muerta con tarro de cerveza* (1914) que presenta la exposición del Museo de Arte Moderno, esa obra bastaría para confirmarlo; y si de toda la obra cubista sólo ese cuadro existiera, él bastaría para enseñarnos qué es el cubismo.



Pablo Picasso: *Cabeza de mujer*, óleo sobre tela, 1907.



Juan Gris: *Naturaleza muerta con tarro de cerveza*, collage, óleo, carbón, lápiz y tinta sobre tela, 1914.



Henri Matisse: *Los marroquíes*, óleo sobre tela, 1916.

Reducción de la pintura a las dos dimensiones reales del cuadro, simultaneidad de visión, geometrización, sentido lineal, estatismo, interpolación de figuras, limitación de la paleta, introducción de pegotes: eso y todo lo demás que pueda decirse del cubismo analítico está presente en el pequeño cuadro oval de Juan Gris a que nos referimos. Movimiento eminentemente realista, puesto que pretendía dar la representación más racional posible del mundo (y sin duda consiguió hacerlo, convirtiendo prácticamente al cuadro en un incontestable teorema), el cubismo fue la más violenta de las reacciones contra el impresionismo y el postimpresionismo, precisamente por lo que tenía de antirromántico; Juan Gris no intenta expresar sus tragedias o sus dichas, no intenta expresarse a través de sus cuadros, ni sugerir otros mundos u otros ámbitos, únicamente se preocupa por entender el mundo por medio de los más claramente posibles razonamientos, no verbales, sino pictóricos. Pero al fabricar su silogismo de líneas y colores tiene otra preocupación básica: crear; tal vez por primera vez en la historia de la pintura el artista hace a un lado la maraña de pretextos, de disculpas y de justificaciones, y es absolutamente consciente de su intención creadora. Hacer cosas, crear hechos. El dar a la pintura con absoluta lucidez su condición fáctica es uno de los mayores aportes que Gris y los cubistas hicieron al proceso de la pintura.

Las reglas se hicieron para ser violadas, se dice; pero en el caso de la *Naturaleza muerta con tarro de cerveza* esa sentencia carece de sentido. Pareciera que Juan Gris estuviese hecho para la regla, condicionado de tal manera que violarla se convertiría en un acto contra natura. Paradójicamente, nada hay en este cuadro geometrizable que parezca duro, forzado, impuesto. Tan es así que una especie de naturalidad y de ternura se desprende de la suave relación entre ocre, blancos, grises. Si Spinoza sostenía que nada que fuera natural podría es-

tar en oposición a razón, Gris, en esta naturaleza muerta, da una versión plástica de aquel juicio. Cuadro clásico, si los hay.

Blancos en la parte superior izquierda, verdes y amarillos en la parte inferior izquierda, rosa en la parte derecha; entre eso, algunos interferencias de las que la más notable es la mancha azul sobre el rosa; un fondo casi negro; todo estructurado sobre una sección de oro vertical y otra sección de oro en sentido horizontal; pincelada muy rápida, líneas rectas o fácilmente curvas que subrayan o complican los elementos básicos de la composición. Eso es, pura y simplemente, lo que forma el gran cuadro de Matisse *Los marroquíes*... (1916). En esta obra la economía de medios es extrema, como lo es también la sabiduría de su empleo. Se le antojaría a uno decir que Matisse nació con esa sabiduría increíble, porque no parece una cosa aprendida la facilidad con que se desenvuelve en ese mundo, por gracia suya tan amable, de colores y formas. Los *fauvistas* decidieron un buen día pintar como se les viniera en gana, eso, históricamente tan importante, seguramente no hubiera dado los resultados que dio de no haber habido entre ellos gente con el desbordante talento de Matisse. El artista no nace, se hace, pero sin duda hay unos que se hacen con más facilidad que otros.

Para Matisse no hay reglas porque no necesita imponérselas: son inherentes a él (o por lo menos así lo parecen). Matisse fue al norte de África en busca de inspiraciones exóticas, siguiendo las huellas de Delacroix; pero desde luego que no las necesitaba, pues podía hacer un cuadro de cualquier cosa, y prueba de ello son otros que presenta esta misma exposición (*Manzanas, Variaciones sobre una naturaleza muerta de Heem*). Una verdadera "fiera", parece que ninguna cosa que pudiera hacerse con un pincel sobre una tela era secreto para él. Tal vez de pocos cuadros se desprenda, como de éste, su profunda condición de milagro.

# U

teatro



## gatomaquia, pureza de la expresión

por Alberto Dallal

A veces *expresar* resulta más difícil que *expresarse*. El artista puede indicar por medio de su obra cuáles son sus sentimientos, cuáles sus ideas. En tal caso, lo individual, generalizado, actuará como fuerza motriz de las formas que el artista haya escogido para expresarse. Pero hay artistas que contraen el compromiso de crear formas adecuadas para transmitir la visión de otros artistas, sin

que el procedimiento escogido menoscabe la trascendencia y la honestidad de su producción. Tal es el caso de la crítica (cuando alcanza el nivel de revelación), de la realización cinematográfica y de la dirección escénica.

En este sentido, la *gatomaquia* constituye un acontecimiento extraordinario. José Luis Ibáñez, creador del espectáculo, no sólo se ocupa de mostrarnos, viva, la poesía de Lope de Vega, sino también de redescubrir para nuestro deleite el verdadero poder de la palabra. En esta original representación, el público tiene oportunidad, sin obligados esfuerzos intelectuales, de aquilatar y gozar las cualidades del texto, de girar al ritmo de los versos para terminar asimilando la belleza de la forma poética y la profun-

didad del contenido del poema.

Cuatro actores se encargan de hacer el trabajo: decir, describir, relatar, configurar las situaciones, divertir. No son personajes en el sentido tradicional del término, sino elementos que transmiten verbal y visualmente la exquisitez y el lirismo, la gracia y la ironía que Lope, sin lugar a dudas, plasmó en su *Gatomaquia*. Esta reducción sintética del número de gatos (que, naturalmente, en la obra son más de cuatro) va acompañada de equivalentes reducciones en la escenografía y el vestuario, procedimiento que hace resaltar por una parte la hermosura del texto y, por la otra, las actuaciones. Asimismo, la economía de elementos escénicos garantiza la modernidad del espectácu-

lo y la expresión de los originalísimos conceptos estéticos del director, para quien la síntesis es medio de llegar a la pureza.

Por tratarse de una composición poética y no de una pieza de teatro no existe en *La gatomaquia* una línea dramática formal. La anécdota y, por decirlo así, la narración de ésta substituyen a la estructura teatral. Para lograr el juego escénico, José Luis Ibáñez hubo de vivificar la "acción", trasponer el plano poético, literario mediante la presentación directa, limpia de los actores, obligándolos a apoyarse únicamente en los atributos del texto y en sus propias capacidades.

La escenificación del poema ("búsqueda teatral" la llama José Luis Ibáñez) ha traído consigo otros aciertos,



Rosa María Moreno

Sergio Jiménez

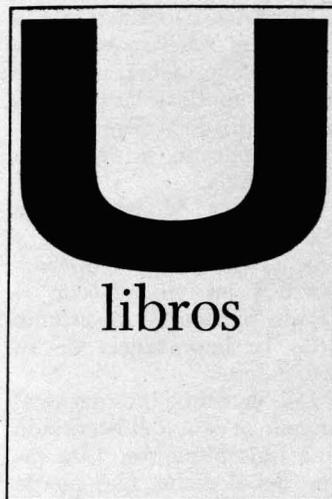
Raúl Dantés

Jacqueline Andere

que si bien pueden parecer circunstanciales a primera vista, creemos que responden auténticamente a las necesidades de la puesta en escena y denotan, tras un examen más o menos cuidadoso, el empeño y la pasión del director por su trabajo y por la obra escogida. Del reparto (Jacqueline Andere, Raúl Dantés, Sergio Jiménez, Rosa María Moreno), sólo el rostro de Sergio Jiménez carece de los rasgos físicos felinos, no en detrimento del papel que le toca representar, sino muy por el contrario, en bien de su lucimiento: Marramaquís es un gato temperamental, exaltante, explosivo, en ocasiones burdo; es el gato pasión que lo ofrece todo para recibir, en cambio, la muerte. Sergio Jiménez es un actor excelente, dueño de variadísimos recursos y de simpatía. La agilidad de sus movimientos y la comicidad de sus gestos dibujan un Marramaquís genial.

No hace falta abundar en elogios con respecto a Raúl Dantés, pues una sólida trayectoria como actor de teatro, elemento importante en otras puestas en escena de José Luis Ibáñez (*La moza del cántaro*, *Asesinato en la Catedral*), Premio a la mejor actuación masculina de 1965 con su trabajo en *Mudarse por mejorarse*, apoyan su presencia en los escenarios de México. En *La gatomaquia* Dantés corrobora las excelencias de su personalidad: dicción clara, matices e intención adecuados, desenvoltura, expresividad. En esta ocasión, gracias al papel multifacético, gracias al tono de fina comicidad que ofrece el poema, Dantés hace gala de un transformismo jocoso que no le conocíamos.

Jacqueline Andere y Rosa María Moreno, no siempre a la misma gran altura de Dantés con respecto a la dicción y a la manera de darle valor al verso, consiguen, sin embargo crear el mismo atractivo efecto. Y la música original de Alicia Urreta, muestra de su trabajo serio y disciplinado, complementa a la perfección este espectáculo que, con tanto, es lo mejor que se ha puesto hasta la fecha en el Teatro Jiménez Rueda.



*Poesía náhuatl*, v II, *Cantares mexicanos. Manuscrito de la Biblioteca Nacional de México* (Primera parte), paleografía, versión, introducción y notas explicativas de Ángel María Garibay K., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1965, cxxxvii+280 p., [Fuentes Indígenas de la Cultura Náhuatl: 5].

Es la poesía de los nahuas —afirmación que puede hacerse acerca de la poesía de cualquier pueblo— uno de los más valiosos vehículos para aproximarse históricamente a la sociedad creadora. La aproximación es, además, a una vida íntima, profunda, a un pensamiento tan privado que sólo se externa por la confianza de verse envuelto en los ropajes de la metáfora. Para los nahuas la poesía era incitación, oración, inquisición, medio único de aproximarse al conocimiento de los designios divinos, de ubicar al hombre en el universo, de vislumbrar los fines humanos, de preguntar, al menos, acerca del más allá.

Pocos testimonios han llegado a nosotros de la poesía de los nahuas. Con los existentes Ángel María Garibay K., pretende integrar un *corpus* de poesía indígena prehispánica en lengua náhuatl, iniciado ya con la publicación, en 1964, de su primer volumen de *Poesía náhuatl*, que comprende los *Romances de los Señores de la Nueva*

*España*, conservados en la Colección Latinoamericana de la Biblioteca de la Universidad de Texas. El volumen segundo, que ahora se reseña, presenta la primera parte de la *Colección de cantares mexicanos*, preservada en la Biblioteca Nacional de México, y a éste seguirán los correspondientes a la segunda parte de la colección mencionada, a otra colección de *Cantares mexicanos*, incluida entre los manuscritos indígenas de la Biblioteca Nacional de París, y a poemas e himnos que aparecen en la *Historia tolteca-chichimeca*, en los *Anales de Cuauhtitlán*, en los *Códices Matritense y Florentino* y en la obra *Tratado de las supersticiones de los naturales de esta Nueva España*, de Hernando Ruíz de Alarcón, en la que se conservan conjuros mágicos con fuerte trasfondo de himnos religiosos.

El manuscrito de *Cantares mexicanos*, cuya primera parte se presenta en el segundo volumen, fue descubierto por José María Vigil al organizar la Biblioteca Nacional de México, cuando ya se creía definitivamente perdido, y puede atribuirse, según la docta opinión de Garibay K., al propio fray Bernadino de Sahagún, en su intento de reunir en un cuerpo general todo lo que pudiera allegarse de la cultura náhuatl.

Si la versión de los poemas es ardua, más lo es la interpretación. Era indispensable, como lo comprendió Garibay K., hacer una introducción general que pusiese al tanto al lector de los problemas inherentes a la literatura náhuatl, antes de pasar a la historia y descripción del *Manuscrito de la Biblioteca Nacional*. En esta introducción se refiere a la existencia y modo de la poesía náhuatl, citando los textos que mencionan la importancia de los poetas y de la poesía en el México prehispánico; de los ideales de la poesía y de su función como incitadora de la dinámica social, medio de agrandar a la divinidad y posibilidad de obtener por medio de los cantos la revelación; de los testimonios que subsistieron a la destrucción humana y climatológica; de los

géneros literarios según la propia clasificación que de los poemas hacían los nahuas; de la temática, de la esquemática, de la estilística, de la lengua e idiotismos del lenguaje, de la métrica y la música, tan ligadas en la poesía náhuatl, con la que música y danza se funden íntimamente, y de diversos problemas más.

Además de esta introducción, dedica otras breves a cada una de las tres secciones en que divide los textos, y después de presentarlos hace comentarios extensos, tanto lingüísticos como históricos, de los poemas.

La división en secciones obedece al origen de los cantos. La primera de ellas incluye los poemas de la llamada Triple Alianza —Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan o Tlaluacapan, como a la letra se nombra a este pequeño reino en el manuscrito—, la segunda los de Chalco y la tercera los de Huexotzinco.

La versión al castellano sigue los lineamientos a que hace referencia el propio traductor: "...guarda el pensamiento y la expresión, pero no a tal grado que haga necesaria una versión de la versión. Es para que sea entendida del lector ordinario. No es una transmisión de palabra por palabra que hace insufrible el texto. Es la entrega del pensamiento del poeta en cada caso, sin traicionar su expresión. Pero la lengua en que se da pide que sea inteligible". Hay que agregar que la versión conserva muchísima de la elegancia del texto original, excelente solución a uno de los problemas más arduos con que se tropieza todo nahuatlato.

Para concluir, puede afirmarse que este segundo volumen de *Poesía náhuatl* cumple el propósito de dar a todo lector una versión fiel e inteligible de un jirón del mundo poético prehispánico, bello y un tanto misterioso, filosófico en muchos de sus temas y giros, profundamente sincero; para el especialista ofrece un extenso campo de investigación, difícil tal vez, pero rico.

—Alfredo López Austin

*Panorama del Derecho mexicano*, Instituto de Derecho Comparado, Universidad Nacional Autónoma de México, 1966, 2 volúmenes, 358 y 669 pp.

El Instituto de Derecho Comparado de la UNAM ha cumplido una tarea editorial necesaria: la publicación de un estudio del derecho mexicano, en once síntesis.

El doctor Roberto Mantilla Molina, director del Instituto, propone en el prefacio las razones de la edición: "...informar con la mayor precisión e integridad al jurista extranjero, tanto al educado conforme al sistema de derecho románico como al jurista del *Common Law*, en qué consiste, cuál es su naturaleza, cómo se clasifica y cómo funciona, cómo se sistematiza, y cuál es la bibliografía de cada una de las ramas básicas del sistema jurídico mexicano".

El trabajo se abre con el ensayo del licenciado Daniel Moreno, sobre el Derecho Constitucional. Todos los aspectos trascendentales del constitucionalismo nacional se abordan en él; con atinencia se alude al problema de las relaciones entre Estado-Iglesia, como punto especial que muestra el cuidado del ensayista al abordar honda, aunque sucintamente, todos los aspectos que importan de la Constitución política.

La captación del derecho administrativo y su sistematización concreta en un país dado no es problema de leve envergadura. De aquí que resulte justa la tarea del doctor Gabino Fraga, el cual teoriza y hace, sobre todo, exégesis y observaciones sobre la naturaleza y el avance de la legislación administrativa.

Héctor Fix Zamudio, conocedor profundo del derecho prehispánico, se ocupa de una institución *sui generis* de nuestro derecho: el amparo. Hace la historia de esta institución jurídica y señala taxativamente todas sus partes y procedimientos. Termina con una bibliografía clásica y otra de trabajos recientes.

Don Lucio Mendieta y Núñez elaboró la síntesis correspondiente al derecho agrario,

que tiene la buena marca de un inicio teórico y explicativo. Su metodología es sociológica, a partir de la distribución y la tenencia de la tierra en México. La reforma agraria hace capítulos y es hilo conductor; se estudia la legislación y el Código vigente, tanto como el procedimiento relativo.

Don Mario de la Cueva tiene a su cargo la síntesis correspondiente en materia laboral; comunica el pasado de este derecho, advierte su naturaleza social, señala, rigurosamente, las condiciones legales de los trabajadores y las leyes que las rigen. Son de atenderse, minuciosamente, los capítulos relativos a la participación de los trabajadores en las utilidades de las empresas, la seguridad social y el derecho colectivo del trabajo.

El ensayo del maestro Fernando Castellanos es un epítome que destaca los aspectos comunes y los singulares del derecho penal, notándose la ausencia de un examen crítico de las ordenanzas que impiden el ejercicio de los derechos cívicos, punto neurálgico de la legislación que regula las actividades de los ciudadanos.

La mayor extensión del apartado de derecho civil, que desarrolla el licenciado Antonio Aguilar Gutiérrez, segundo estudio en amplitud de todos los presentados, se explica por la naturaleza propia de este derecho. Sistemática y minuciosamente, el autor desbroza las entrecruzadas ramas y estatutos del derecho civil.

También sigue el mismo procedimiento el doctor Mantilla Molina al exponer el derecho mercantil. Después de dar los principios que informan a este derecho, apunta todas las características del mercantilismo legal mexicano. Concluye con un estudio doctrinario.

Más complicado es el trabajo que presenta el doctor Niceto Alcalá-Zamora. Expresar las notas del derecho procesal es una tarea empeñosa y parcialmente árida: el jurista ciñó en 474 cláusulas los diversos procedimientos civiles, mercantiles y penales, y las explicitó en 871 notas

aclaratorias. El cuidado de la edición se muestra en el escrúpulo de presentar un apéndice que contiene las reformas que ha sufrido el derecho procesal mexicano en muy reciente fecha.

El doctor Modesto Seara Vázquez acota las fuentes y órdenes del derecho internacional y las vincula con el Estado mexicano. El estudio tiene la importancia de su actualidad.

Del derecho internacional privado se ocupa el licenciado José Luis Siqueiros. Esta rama del derecho que pierde en autonomía lo que gana en ubicuidad, se indica aquí mediante el señalamiento de la condición de las personas y los bienes nacionales y extranjeros, ante el derecho patrio y ante los conflictos de leyes. Este estudio epiloga los trabajos.

Esta obra la deben conocer no solamente los estudiosos extranjeros. Es necesaria o de mucha utilidad para los juristas mexicanos, los funcionarios y los políticos. Los estudiantes de derecho tienen en ella la mejor introducción a las distintas y fundamentales asignaturas que se les imparten; a excepción de dos síntesis, que no son iguales del todo, aunque sí de varias maneras, al derecho de los estados, los estudiantes de provincias obtendrán, seguramente, muchos beneficios de su lectura.

—Froylán M. López Narváez

T. Navarro Tomás, *Manual de entonación española*. Tercera edición. Colección Málaga, S. A. México, 1966. 306 pp.

Verdadero tratado de las inflexiones de la voz, el estudio de Navarro Tomás penetra en la intimidad de la entonación, no sólo para analizar su carácter y estructura sino para obtener el conocimiento de un modo de ser, expresado en el acento del idioma.

Aprovechando las grabaciones del "Archivo de la palabra" de Madrid —fundado por Ramón Menéndez Pidal— y estudiando con asiduidad y ciencia los sonidos,

los acentos, las inflexiones habituales e imprevistas, el estudio de Navarro Tomás no excluye del todo el habla de Hispanoamérica. Establece las diferencias notables con la de España y señala los caracteres semejantes: un mismo concepto de pronunciación. Si esto es, en general, cierto; su observación no sería la misma hoy en día, dañada como lo está nuestra lengua por la pronunciación que por la radio se hace durante todas las horas del día. Ya Alfonso Reyes indicaba el peligro de la deformación que sufriría, sin remedio alguno, el idioma nacional. Navarro Tomás, por su parte, advierte que hay una tenaz resistencia a abandonar las inflexiones peculiares por las ajenas —"el pudor de desnudarse de los hábitos de la propia lengua para acomodarse a los de una extranjera"—; no obstante, existe una docilidad ante la moda, una debilidad por la cual se vulneran las tradiciones y la manera de ser propia. Recuérdese el habla de las ciudades del norte del país, brevemente estudiadas por Francisco Castillo Nájera: troca, parkear, chorchá, oquey, etc., etc., meros derivados de la pronunciación, y se caerá en la cuenta de la importancia que tiene la entonación en castellano.

El Manual está dividido, después de las observaciones generales, en los siguientes estudios de la entonación: enunciativa, interrogativa, volitiva y emocional. A las conclusiones suceden algunos ejercicios; a éstos, los textos y los gráficos: trazos de la altura musical de la sílaba correspondiente.

De los textos, es prudente —en plena era de las voces desmedidas— recordar estas palabras de Azorín que proceden de Mairena: "...quiero recordar esta fina observación de Nietzsche: A veces, en la conversación, el sonido de nuestra propia voz nos causa una cierta inquietud y nos lleva a afirmar cosas muy contrarias a nuestras opiniones". La voz puede conducir a crear, por su falsa entonación, la ilusión de ser otro hombre del que en verdad somos.

Dirección  
General de Difusión  
Cultural / UNAM

Actividades  
para el mes  
de septiembre



**ARTES PLASTICAS**

**GALERIA UNIVERSITARIA ARISTOS**  
Insurgentes Sur 421

**LOS "NAIFS" EN MEXICO**  
(Exposición de pintores primitivos)

**CINE**

**CINE CLUB DE LA UNIVERSIDAD**  
Quinto ciclo: JOYAS DEL CINE ALEMAN



Wiene, *El gabinete del Dr. Caligari*

Lunes a las 19:30 hs.

Día 12: Robert Wiene, *El gabinete del Dr. Caligari*, 1919  
Día 19: F. W. Murnau, *Nosferatu, El vampiro*, 1922  
Día 26: Fritz Lang, *Metrópolis*, 1926

- Abono personal obligatorio: \$ 10.00
- Auditorio Justo Sierra, Humanidades, C. U.

**CINE CLUB ESTUDIANTIL UNIVERSITARIO**

**PANORAMA DEL CINE NORTEAMERICANO**  
Tercer ciclo: ELIA KAZAN

Viernes a las 19:30 hs.

Día 2: *Nido de ratas*  
Día 9: *Viva Zapata*  
Día 23: *Un rostro en la muchedumbre*  
Día 30: *Baby Doll*

- Abono personal obligatorio: \$ 10.00
- Auditorio Justo Sierra, Humanidades, C. U.

**CINE CLUB INFANTIL DE LA UNIVERSIDAD**  
Quinto ciclo

Sábados a las 16:30 hs.

Día 3: *King Kong*  
Día 10: *Cortos alemanes para niños*  
Día 17: *La invasión de Mongo*  
Día 24: *Cortos soviéticos para niños*

- Abono para niños: \$ 5.00
- Adultos acompañando niños (exclusivamente) boleto: \$ 3.00
- Auditorio Justo Sierra, Humanidades, C. U.

**CINE DEBATE POPULAR**  
Quinto ciclo

Domingos a las 16 hs.

Día 4: Giovanni Korporaal, *El brazo fuerte*  
Día 11: J. A. Bardem, *Los pianos mecánicos*  
Día 18: Ramón Polanski, *El cuchillo en el agua*  
Día 25: Luchino Visconti, *El Gatopardo*

- Auditorio Justo Sierra, Humanidades, C. U.

**LITERATURA**

Cursos en la Escuela Nacional de Economía  
Sábados de las 11 a las 13 hs.

**MUSICA**

**CONCIERTOS EN LA BIBLIOTECA NACIONAL**  
(Uruguay e Isabel la Católica)

Día 3: Sociedad Coral Universitaria  
Director: Juan D. Tercero  
A las 20:30 hs.

**CONCIERTO EXTRAORDINARIO**  
(En colaboración con la Embajada de la República Socialista de Checoslovaquia)

Día 4: Sasa Vectomov, 'cellista  
Josef Palenicek, pianista

- Auditorio de Medicina, a las 17 hs.

**ORQUESTA DE LA UNIVERSIDAD**  
Preparación de la Temporada Octubre-Noviembre

Ensayos: martes, jueves y sábados en el Auditorio "Simón Bolívar" de Justo Sierra 16.



Teatro UNAM  
**FAUSTO**  
 de Christopher Marlowe  
 Escenografía: Alejandro Lora  
 Dirección: Ludwik Margules  
 FRONTÓN CERRADO / C.U. 1966  
 Difusión Cultural

## TEATRO

*Dr. Fausto*, de Christopher Marlowe

Dirección escénica: Ludwik Margules

- Frontón Cerrado, C. U.
- Estreno: día 10, a las 18 hs.

Funciones:

- Sábados a las 18 hs.
- Domingos a las 12 y 17 hs.

*La colección*, de Harold Pinter

Dirección escénica: Rubén Broido

- Teatro de la UNAM
- Estreno: día 14, a las 21 hs.

Funciones:

- Martes, miércoles, jueves y viernes a las 20:30 hs.
- Sábados y domingos a las 20 hs.



## CASA DEL LAGO (Bosque de Chapultepec)

### CICLO ORIENTAL

Conferencias  
 Domingos a las 12 hs.

- Día 4: Mack Mancall, *China, los Estados Unidos y Vietnam*
- Día 11: Felipe Pardinas, *China: impresiones de un viaje*
- Día 18: Juan García Ponce, *Akutagawa y la literatura occidental*
- Día 25: Kazuya Sakai, *La novela japonesa del mundo flotante*

### GALERIA

Exposición de obras de Kazuya Sakai

### CINE CLUB

### CICLO JAPONES

Domingos a las 13 y 17 hs.

- Día 4: Tadashi Imai, *Historia de un amor*
- Día 11: Akira Kurosawa, *Los malditos durmen en paz*

- Abono personal obligatorio: \$ 10.00
- Presentaciones de Juan Guerrero

## CINE CLUB INFANTIL

Domingos a las 11 hs.

### LECTURAS

Domingos a las 13 hs.

Teatro Noh / Teatro japonés moderno  
 Una obra de Paul Claudel

Dirección: Roberto Dumont

## CURSO VIVO DE ARTE 1966

### EL ARTE MODERNO EN MEXICO

Visitas

- Día 3: *Centro Escolar Revolución*. Salvador Pinoncelly. Av. Chapultepec y Niños Héroes, a las 16 hs.
- Día 4: *La casa habitación: obras de Segura, O'Gorman y Castañeda*. Alejandro Gaitán. Hamburgo y Praga, a las 10 hs.
- Día 10: *Grabado*. Alberto Híjar. Palacio de Bellas Artes, a las 16 hs.
- Día 11: *Escultura*. Rebeca Barrera. Museo Nacional de Arte Moderno, a las 10 hs.
- Día 24: *Integración Plástica: obras de Larrosa y Felguérez, De la Mora y Hoffman*. Carlos González Lobo. Av. Universidad y Francisco Sosa, a las 10 hs.

### CONFERENCIAS

Ciclo: TEORICOS DEL PROBLEMA ARTE-SOCIEDAD

- Día 6: Alberto Híjar, *Arnold Hauser*
- Días 8 y 13: Joaquín Sánchez Macgregor, *Jean-Paul Sartre*
- Días 7 y 29: Adolfo Sánchez Vázquez, *Galvano Della Volpe*

- Salón número 2 de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, a las 20 hs.

## RADIODIFUSION

[Selección]

Ciclo: *Música de Banquete*, de Georg Phillip Telemann

- Del 5 al 23 de septiembre
- De lunes a viernes, a las 14:15 hs.

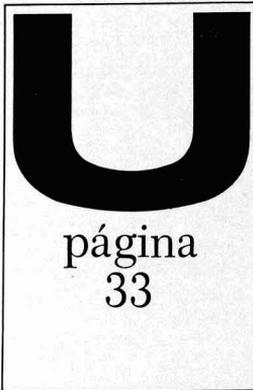
### LAS OPERAS Y SUS GRANDES INTERPRETES

- Día 4: Alban Berg, *Wozzek*. A las 20 hs.
- Día 11: Giuseppe Verdi, *Falstaff*. A las 19:30 hs.
- Día 18: Igor Stravinsky, *La carrera del libertino*. A las 19 hs.
- Día 25: W. A. Mozart, *Don Juan*. A las 18:30 hs.

Dirección General de Difusión Cultural: Gastón García Cantú, Director General  
 Departamentos y jefes: Artes plásticas: Helen Escobedo / Cine: Manuel González Casanova /  
 Literatura: Juan José Arreola / Música: Eduardo Mata, Armando Zayas /  
 Teatro: Juan Ibáñez / Secciones y coordinadores: Casa del Lago, Juan Vicente Melo /  
 Curso Vivo de Arte: Alberto Híjar / Grabaciones: Milena Esguerra / Radiodifusión:  
 Joaquín Gutiérrez Heras, Raúl Cosío.



Imprenta Madero, S. A.  
 Aniceto Ortega 1358  
 México 12, D. F.



En 1885 se publicaba, en la Oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, El romancero nacional, verdadera tentativa de reemplazo de la poesía popular por quien abundaba en palabras pintorescas y fáciles. Ya se sabe: al Romancero le faltaba lo que a las luchas "insurgentes": elaboración histórica.

Poco antes de ponerse a la venta el Romancero, con prólogo de Ignacio Manuel Altamirano —"¿Tenemos una Literatura Nacional?"— Prieto notifica a algunos periodistas la aparición de su libro. De sus cartas, la escrita a Juan de

Mata y Rivera tiene el sabor inconfundible de la clase media del XIX. En ella revela Prieto, además, su propósito literario; distinto, sin duda, al de una interpretación artística de la historia. Era malicioso, sencillo y bueno. No pueril.

En su apelación pública, Prieto establece una tradición que correría con suerte hasta nuestros días: hacer la propia publicidad; dar pelos y señales de los sitios donde podía adquirirse su libro; hacer el encomio de sí mismo. Todo lo cual al menos no es entre nosotros una costumbre ajena.

## Carta de Guillermo Prieto

Señor don Juan de Mata Rivera, director del *Socialista*. México, diciembre de 1885. Muy apreciable amigo y señor:

Muy en secreto y sin que la tierra lo sienta, me he decidido a comunicar a usted una noticia, que en mi acrisolada modestia considero de la importancia de la dirección de los globos o del específico evidente contra el cólera morbo, y la noticia es, que se está dando su última cepillada y su última retorcida de bigote para ver la luz, mi *Romancero nacional*, es decir, el libro más radicalmente mexicano que han podido ver y verán los pasados y venideros siglos.

Y es el caso, que mientras se volvió moda y tema filosófico y donaire, aquello de poner a nuestros héroes como chupa de dómine, yo me empeñé en quererlos con toda mi alma, y en ensalzarlos por más que los MERCACHIFLES de la prensa me llamaron sensible, llorón, amigo de retratos y trastos viejos, berengo y almonedero de los desechos de Iturrigaray y de Calleja.

Emprendí la tarea, me acometió enfermedad dolorosísima, y por aquí era un romance, y por acullá la junta de médicos, una inspiración y un calambre, un gemido y una flor.

Ahorro a usted la relación de los trabajos de esta gestación, porque si no tiene suegros, de fe que no le faltan amigos confanzudos, ni polla presumida, ni pollo pretencioso, ni periódico oficial, ni político novel, ni literato ESDRUJULO y Homérico, ni Bumbum amigo de los próceres, que lo acatarren con sus hazañas.

La obra comienza con la revolución de Iturrigaray en 1808 y acaba con la entrada del ejército trigarante en México, el 27 de Setiembre de 1821.

Figuran de contado en el cuadro, a

más de los señores de la casa, esbirros y alabarderos, virreyes y corregidores, aves de rapiña como las del Santo Oficio, gente levantisca y canalla de moros y cristianos, y tipos nobles y simpáticos, aunque españoles, por más que la sangre estire y tengamos que contemplarlos allí como a enemigos.

Por supuesto que tuve que correr de Ceca en Meca para referir encuentros y proezas; saltaba del callejón de la Polilla de México a Guadalajara, para ponerme al lado de don Roque de Abarca; a Tepic para ver descrismarse al cura Mercado; a Chihuahua para asistir a los últimos momentos de Hidalgo; a Cópore para besar las canas de la madre de los Rayones; a las playas del Golfo para ensalzar la magnanimidad de Bravo; y al Sur para reclamar veneración a la pléyade que encabeza el gran Morelos, y que ilustra con brillo ineficiente la memoria del inmortal guerrero.

Todo eso he hecho, y más que no digo, y tengo la preocupación que debe interesar por lo menos a la gente de cierto CHISGO y de cierto pelo.

Porque así como el billetico de amor, y el rizo de cabello que simbolizan un ideal, son nada y basura para indiferentes y burlones, para el que siente, para el que ama, para el que tiene valor y lenguaje, los objetos son joyas que no cambiaría por todos los tesoros del mundo, pretendo que sea mi *Romancero* joya para los que amen a puño cerrado y a lo pobre, y como Dios manda, la independencia de la patria.

Así es que mi obra no sabe a *Araucana* ni a *Moro Expósito*, ni a *Canto a Junín*, ni a nada de grandeza, es un guiso que sabe a MOLE DE GUAJOLOTE.

Como el chico éste ha venido a la casa cuando tengo almacenados entre pecho y pulmón 67 calendarios, estoy loco de contento, y no nace, y ya le ajusto es-

pada, le fijo arengas y le supongo dos ojos como dos soles, puesto que los de su padre se pueden tapar con dos lentejuelas.

Burla burlando he dicho a usted el objeto de mi carta, y es que por si no lo hubiere entendido, ya por la prensa, ya con sus amigos, divulgue la noticia con suma indiscreción, para que hagan los que quisieren sus encargos, bien a la casa de Rosa y Bouret, bien a la de Buxó, bien a la antigua de Andrade, bien a la casa de Aguilar e hijos o a la alacena del muy conocido Martínez, proclamado por la gente de pluma, rey de la publicidad.

Así los envíos serán más seguros y me quitan de penas. Las personas que se sirvan contestarme directamente, pueden enviarme sus cartas a esta capital, Correo, número 273, apartado del señor don Ricardo Sainz.

Y con esto concluyo con la copla callejera que me sirvió en mis verdes años de llave de aclaraciones y de contentos:

*Acábame de avisar  
Si se puede o no se puede,  
Palomita de mi vida,  
Me haces caso, o ¿qué sucede?*

Aparte toda chanza y esperando no lleve a mal la llaneza de esta carta, me ofrezco a las órdenes de usted como su afectísimo seguro servidor y amigo que  
B.S.M. GUILLERMO PRIETO

P.D. La obra que se anuncia se publicará en México, en la imprenta del Ministerio de Fomento, en los primeros días del mes de enero próximo.

[*El Socialista*. Año xv. Jueves 31 de diciembre de 1885. Número 62.]

Al cumplirse el primer centenario de Herbert George Wells —nacido en Bromley, Kent, ya entonces parte del Londres suburbano, el 21 de septiembre de 1866— hay varios Wells distintos en la memoria de este instante. Junto al pionero de la *science-fiction* y el narrador de “atroces milagros” coexisten el enciclopedista, el heredero de Dickens, el industrial de la profecía, el hombre que forjó más de un proyecto de sociedad utópica, el proveedor de *conclusions of a very ordinary brain*, dueño de un sentido común que —así lo presintió un contemporáneo— lo hace perderse en el paisaje de la época, de una época para la cual amonedó muchas ideas que parecen haberse formado solas en nuestro siglo.

Casi todas las variantes de la *science-fiction* se dirían prefiguradas por Wells: el viaje al porvenir o la brusca traslación a una historia futura (*La máquina del tiempo*, *Cuando el dormido despierte*); la protesta contra los mecanismos que cosifican la existencia humana (*Una historia de los tiempos venideros*); el mundo que ocupa el mismo espacio y tiempo que el nuestro pero existe en otra dimensión y es incomunicable (*The Plattner Story*); el choque entre planetas (*The Star*, *The Days of the Comet*); el viaje interplanetario y las aventuras con extraterrestres monstruosos aunque de inteligencia desarrolladísima (*Los primeros hombres en la Luna*); y sobre todo, la invasión de la Tierra por infernales marcianos que a la postre resultan milagrosamente vencidos (*La guerra de los mundos*). Estos y muchos otros temas de Wells reciben el cotidiano saqueo de la novela popular, el cine, el *comic*, la televisión, la radio que ya no podrá nunca desatar el pánico adaptando *La guerra de los mundos* como lo hizo célebremente Orson Welles en 1938. Porque hoy el terror no proviene de marcianos tentaculares que serán derrotados por las bacterias sino de precisos instrumentos para la aniquilación organizada.

Si la posteridad desprestigió los argumentos de Wells los dotó, en cambio, de nuevas implicaciones. *El hombre invisible* demuestra el infortunio que el invento acarrea a su inventor. *El alimento de los dioses*, la sustancia capaz de llevar el crecimiento a sus últimas consecuencias, hace que los gigantes que erigió se rebelen y tengan que ser destruidos por sus propios creadores. Bedford y Cavor, *Los primeros hombres en la Luna*, llegaron al satélite en una nave de cristal revestida de una materia que anula la gravedad. Son apresados por los selenitas que pueblan el subsuelo lunar. Bedford traiciona y huye. Los selenitas sacrifican a Cavor para que no los contagie de instintos humanos, para que nadie turbe su sosiego con nuevas expediciones. *La máquina del tiempo* puede apreciarse como una sátira visionaria de la lucha del Tercer Mundo contra los países ricos. Un nuevo Gulliver viaja hasta el año 802, 701 y encuentra a la humanidad dividida en dos castas: los Elois, la vieja clase ociosa, y los Morlocks, los antiguos proletarios, habitantes de las tinieblas subterráneas, que practican el canibalismo con los Elois, a quienes, por otra parte, siguen proporcionando los alimentos y “todo lo necesario”. El explorador regresa del porvenir con dos flores marchitas: aunque falten la inteligencia y la fuerza, los afectos y la gratitud prevalecerán en el corazón humano.

En otras novelas el Wells utopista y el Wells profeta se dan la mano con el maestro del arte de narrar que tuvo el auténtico don del relator: la fuerza necesaria para suspender nuestra incredulidad. En *El ensueño* hombres del año 4000 hacen una crítica de los males de la civilización a principios del siglo xx. *Una utopía moderna* nos describe un planeta idéntico a la Tierra donde un Estado Mundial totalitario, una tecnocracia socializante, conserva la rígida división en clases al dar “a cada quien según sus capacidades”, y donde la propiedad es transmisible. Wells volvió a exponer sus ideas utópicas en ensayos sin el ropaje de la ficción porque ésta, necesariamente concreta y definitiva, “no permite —según dijo— alternativas independientes: su necesidad de ilusión impide dar una amplitud suficiente a la demostración: de aquí que la profecía moderna

## junta de sombras



H. G. WELLS

debiera ser, por el contrario, una rama de la filosofía y seguir exactamente el método científico. En sí misma, la forma de novela encierra una denegación. En realidad, la ficción del porvenir abandona deliberadamente el género profético, se hace polémica, admonitoria o idealista, como una simple llamada o comentario a nuestras actuales desilusiones”.

Menos conocidas son las novelas sociales (*Kipps*, *El amor y el señor Lewisham*, *Matrimonio*, *Tono Bungay*, *Ana Verónica*, *El nuevo Maquiavelo...*) en que Wells narra la vida del hombre sin recursos en la sociedad industrial, los problemas del salario insuficiente, las viviendas incómodas, la movilidad social, la lucha de la mujer por escapar a una vida sin otra perspectiva que el matrimonio, las tensiones de la vida conyugal, o bien describe la imagen —después típica— del mundo de los negocios sin principios ni escrúpulos, la avidez de poder, dinero, publicidad.

A este ciclo habría que añadir *Experimento de autobiografía: descubrimientos y conclusiones de un hombre común* que muchos consideran su obra maestra. Perteneciente al último estrato de la clase media, hijo de un jardinero y una sirvienta, Wells comenzó a escribir cuando grandes núcleos ingleses acaban de acceder a la instrucción. Precisaba nutrirlos con revistas y llenar las revistas con ideas. “Periodista de ideas” como él mismo se llamó, Wells expresó la confianza en el porvenir de esa nueva clase al descubrir en el mundo moderno, que la ciencia transforma aceleradamente, el movimiento continuo del progreso. El mundo deja de ser estático, las generaciones comienzan a saberse fugaces. Wells asiste maravillado a todos esos cambios y sus páginas aún nos comunican el azoro. Cree que todo marcha hacia una edad de oro libre de ignorancia y miseria. La Primera Guerra se enciende “para acabar con todas las guerras”, es la dolorosa gestación de un Estado Mundial, de una élite utópica que regirá a las crecientes mayorías. Wells saluda con entusiasmo a la Revolución Soviética. Su fervor decrece cuando visita a Lenin en 1920. Porque Wells creyó en la regeneración del

mundo mediante la futura fraternidad de las clases, en el tránsito del liberalismo al socialismo sin un intermedio de violencia revolucionaria. Por eso, entre el advenimiento de los nazis y los fascistas y la agresión a Polonia en 1939, no cejó en su tarea enciclopédica, escribió su trilogía racionalista y materialista —*Esquema de la historia*, *La ciencia de la vida* (en colaboración con Julian Huxley), *El trabajo, la riqueza y la dicha de la humanidad*— la *Breve historia del mundo*, “perspectiva general de la gran aventura humana”, obra de síntesis que mereció el elogio de Toynbee; descubrió Hollywood y halló en el cine un medio más eficaz que la literatura para difundir sus creencias y anticipaciones. Pero, el interés por todas las cosas, ¿no oculta un desinterés, un escepticismo de base? La desorbitada fecundidad de sus últimos años, ¿no significa el estruendo por ocultar la esterilidad final de su mente creadora?

Wells, muerto el 13 de agosto de 1946, alcanzó los ochenta años de Goethe, llegó a ser contemporáneo de Auschwitz y de Hiroshima. En la última edición de la *Breve historia* se refirió a la locura de toda la especie humana, al hecho de que todos los hombres tenían que perecer o entrar en una fase de esfuerzo y actividad más maduros. “Ningún camino intermedio se abre ante la humanidad: o elevarse o hundirse; lo que no puede hacer es seguir donde está ni en lo que es.” Sus años no le impidieron confesar que “los jóvenes son la verdadera vida y sólo en ellos puede haber esperanza”. Su “testamento” fue decir que nuestro destino se encamina hacia la unidad y la igualdad. *Predominio* es una idea vacía y *prestigio* un ideal indigno. Tenemos que acostumbrarnos a la democracia y a la fraternidad mundial para que no nos suceda lo peor. Necesariamente muchas de las cosas establecidas tendrán que ser cambiadas hasta el punto que no las reconocemos.

En nuestros días, aceptamos con Borges que el mejor Wells es el primero, el de *El hombre invisible* y *La isla del Dr. Moreau*, cuento filosófico en la mejor tradición del siglo XVIII, historia del náufrago Prendrick que llega a una isla perdida donde Moreau y su ayudante Montgomery han humanizado animales mediante injertos y vivisecciones. El terror que Moreau les inspira evita que recaigan en su condición original y todas las noches farfullan una plegaria de sometimiento. Así las instituciones nos torturan al refrenar nuestros instintos, pero en la fábula las bestias humanas terminan por destruir a su creador.

Si, como pudo advertirlo V. S. Pritchett al poco tiempo de su muerte, el mejor Wells es el destructivo, el que previó la violencia y no el orden de nuestro tiempo, el que oscuramente profetizó que la guerra de Vietnam y Speck y Whitmann coincidirían en un mismo momento con los Vósjod y Gemini y el Orbitador Lunar. *La isla del Dr. Moreau* manifiesta el pesimismo anarquista que yace en el núcleo de la entusiasta naturaleza de Wells. Es la obra de un hombre que ha contemplado el sadismo y la muerte. El novelista que creyó en la alegre necesidad de la evolución es detenido por el pensamiento de los desastres y pérdidas que la evolución provoca. Acaso el hombre no pueda aprender. Wells tiene la honestidad de aceptar que, tal vez, el precio del progreso sean la perversión y el horror. Cree en la magia, en el milagro, en la insolencia y en la rebeldía. Previo las condiciones de nuestro tiempo, predijo su violencia, instaló en nuestra imaginación el bagaje del nuevo medio ambiente. Al leer sus relatos de una guerra futura en que la población civil sufriría tanto o más que los combatientes, nos asombra su exacta visión del porvenir. Wells lo imaginó todo —pero no contó con las costumbres del civilizado, la naturaleza, los recursos morales. Quizá sus narraciones “habrán de incorporarse, como la fábula de Teseo o la de Ashaverus, a la memoria general de la especie y que se multiplicarán en su ámbito, más allá de los términos de la gloria de quien los escribió, más allá de la muerte del idioma en que fueron escritos.”

JOSE EMILIO PACHECO